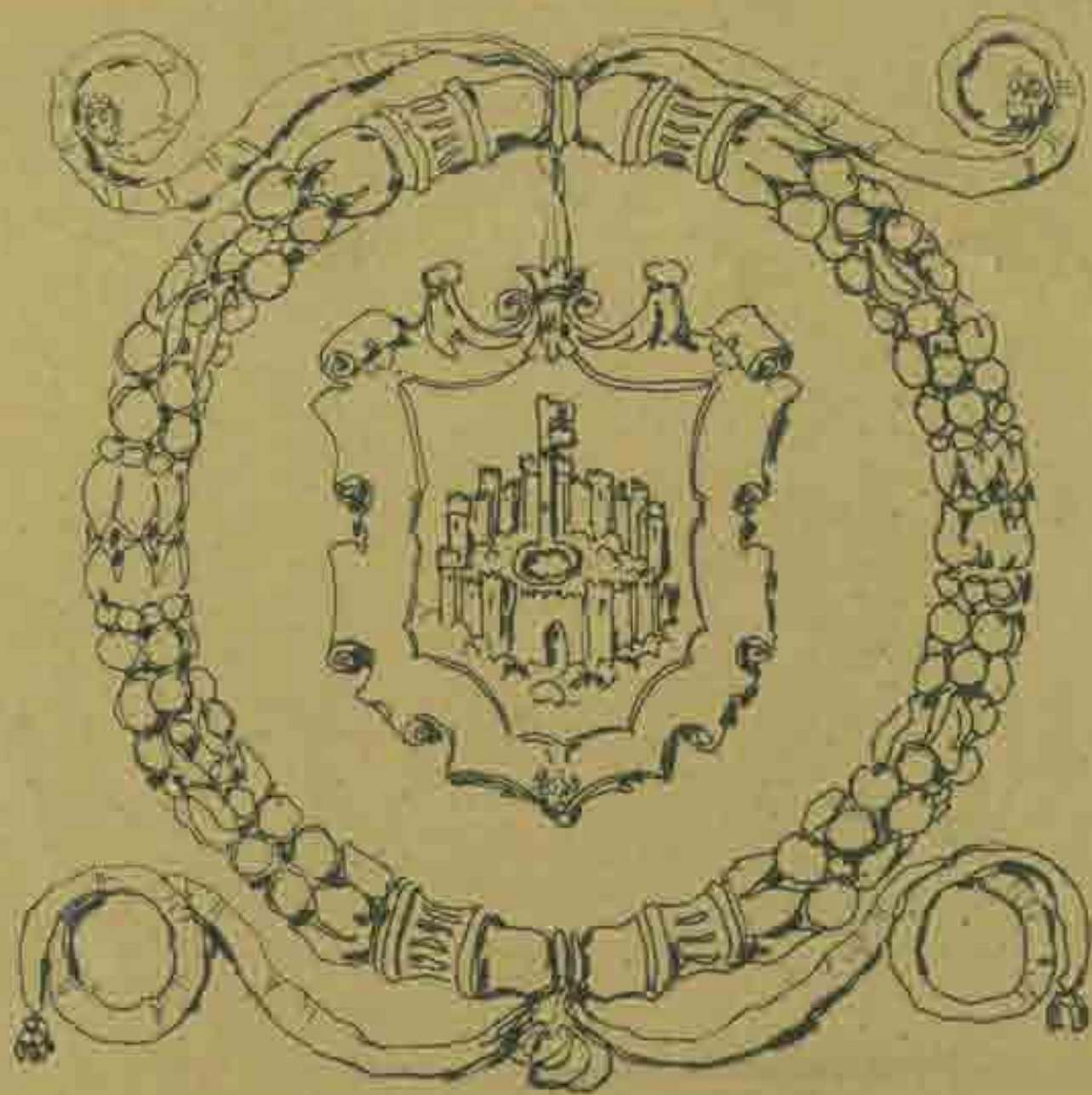
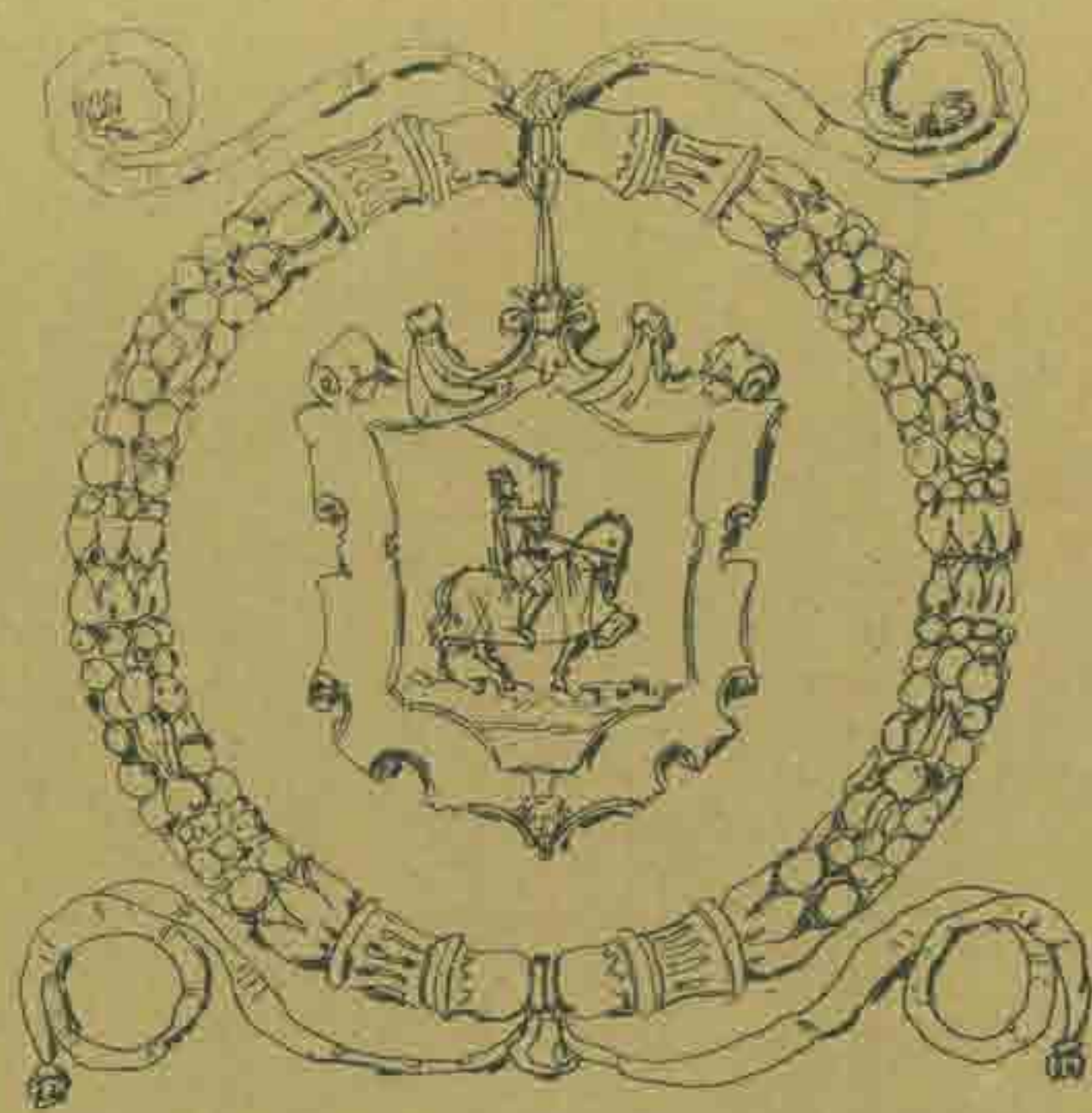


LO RCA · SOLVM · GRATVM · CASTVM · SVPER · ASTRA · LOCATVM



ENSIS · MINANS · PRAVIS · REGNI · TIBISSIMA · CLAVIS

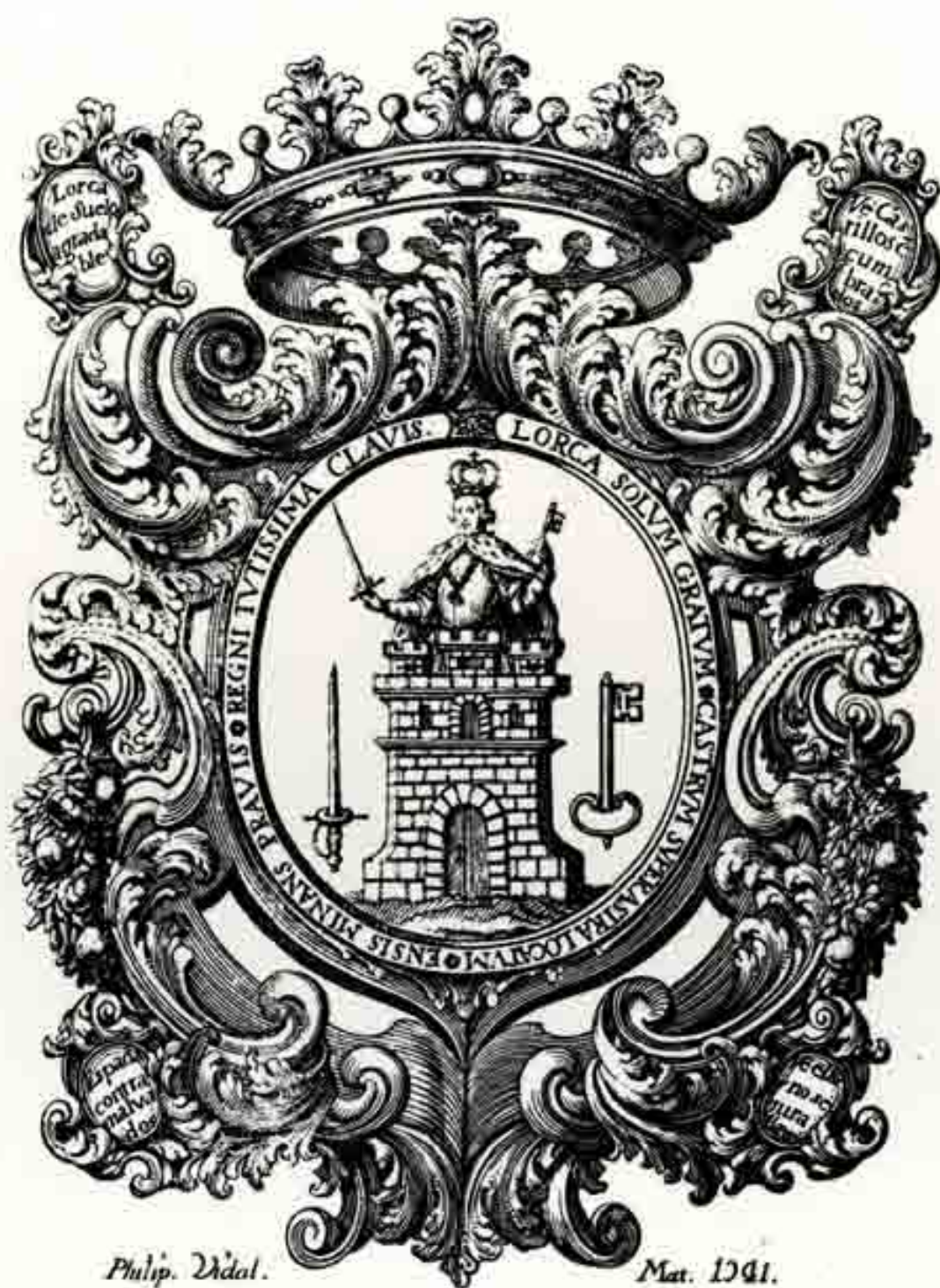
LA CIUDAD FRONTERIZA

Muñoz Barberán

Wm Barberan

La ciudad fronteriza

LIBRO BREVE DE **LA CIUDAD FRONTERIZA**



*DIBUJÓ, ESCRIBIÓ, BUSCO' TEXTOS Y GRABADOS
ANTIGUOS,*

MANUEL MUÑOZ BARBERÁN

ESCRIBIÓ UN PRÓLOGO
JOSÉ GARCÍA MARTÍNEZ

ESCRIBIÓ UN EPÍLOGO
JUAN GUIRAO GARCÍA

AÑO de 1979



William Barber

XXIV/1894



Desgraciados los hombres que no conocen su ciudad, pues son como aquellos que, de la casa en que nacieron y viven, ignoran las oscuras y olorosas estancias donde se guardan, como en trastero, los objetos que han ido acompañando la historia de la familia, en el fondo de los baúles o colgados de la pared, amarillentas fotografías roídas por los ratones, colecciones incompletas de novelas por entregas, es como vivir, lo de estos hombres, dentro de una caja de zapatos, todo paredes lisas y mudas, la gente en blanco, origen y de frívolamente atropiada, no se dan cuenta, víctimas de las mudas que privan, de que la ciudad no es sólo supermercado, cine, coche, paso de cebra, bar americano, piso de papel pagadero en plazos, pues que las ciudades "tienen, como los hombres, suita de gloria y su destrucción", es vivo en cuyo regazo transcurre nuestra propia vida, y es conveniente que no seamos sordos a los latidos de su pecho que nos acoge, sentiremos el miedo, las tristezas y las alegrías de la ciudad, que acaso sean nuestros miedos, nuestras tristezas y nuestras alegrías, y ahora tengo que decir que la que pinta y cuenta Amón Bomberán, siendo en concreto ciudad, bien que sin nombre, es también la vida y es igual, muerte la de cada uno, porque todas las ciudades están defendidas por ángeles, suplen los estragos de las aguas desbordadas, fueron uoras y dejaron de serlo, organizaron colectas para levantar la iglesia, recibieron gente de todas partes que llegaron con la Revolucionista, oyeron cantar a la jefesca y adelantaron sus fronteras de algo o de alguien, vive usted, todas las ciudades son la misma ciudad.

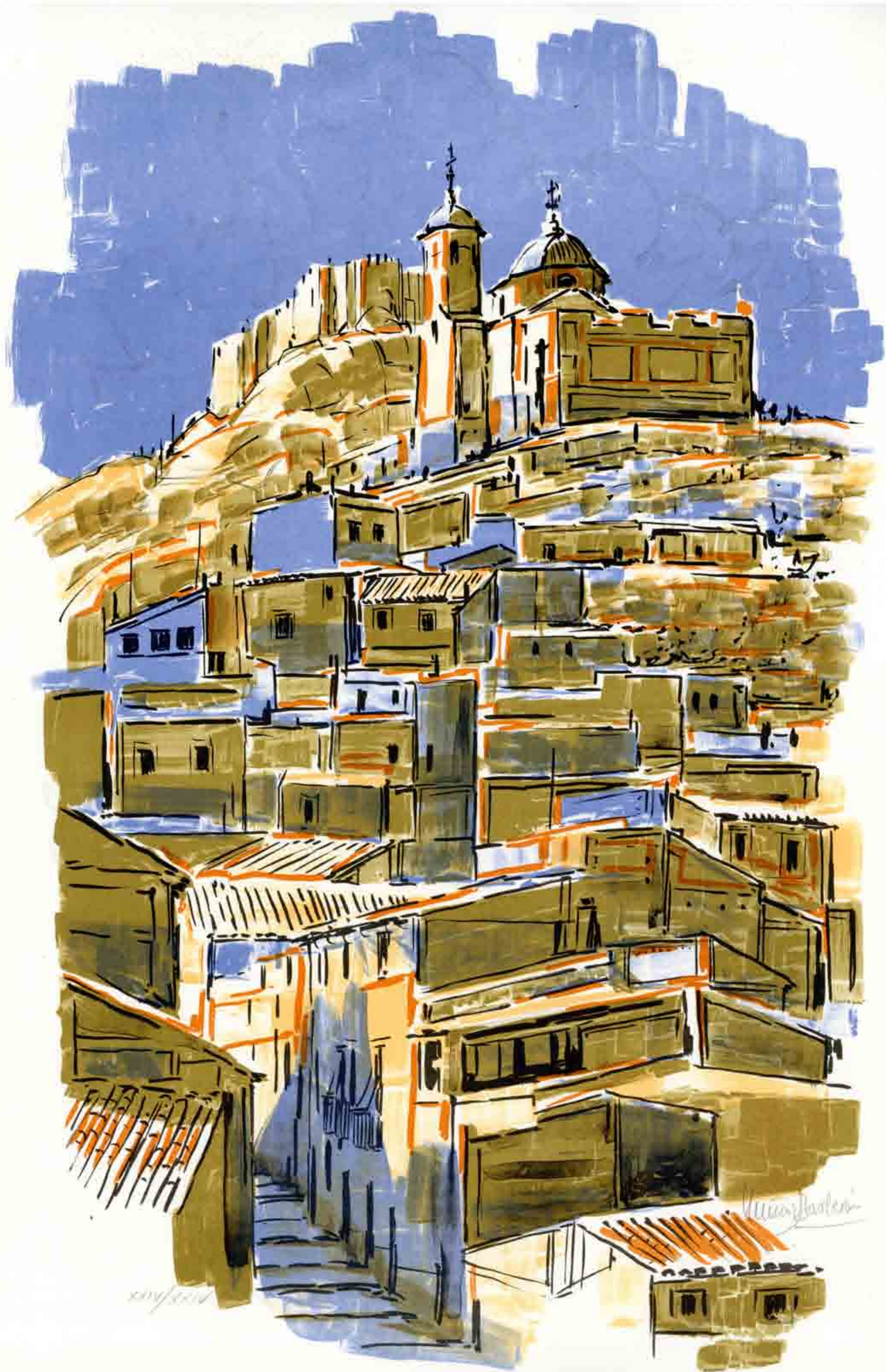
Alguna vez, Amón Bomberán tenía que coger a un tiempo su dos herramientas con las que mejor trabaja, el puñal y la pluma, para ponerlos delante de los ojos, artísticamente, y decir, como tiene que ser, la historia y la superficie de la ciudad, para que por fin cese el lamento: vive en mí, pero no sabes de mí, cómo ha sido posible llegar a no entender desde dónde está uno, actores sin escenario, sensación terrible de ser nadie entre nada, o sea, fumáforos y anuncios luminosos, aunque todavía puede ser el tiempo de la regeneración, volver a los años en que el desván era nuestro último refugio, nunca demasiado tarde para reposar del tumulto rutinario y acercarse a las páginas que narran, con pinturas y letras, la historia palpitante de la verdadera ciudad.

García Martínez.





LA CIUDAD ALTA





Allí en lo alto, el Alcalá, el castillo que mira al río. Acaso alguna torre redonda de la vieja fortaleza, dió origen a la torre campanario actual, con recuerdos de molino. San Juan. Las santas Agueda y Lucía, celebradas por todas las gentes que venían con sus cirios ante los altarcillos oriflamados de ingenios floripondios. Cora ardiendo o en ex-voto, contra enfermedades en los pechos redondos de las doncellas; contra los males que atacan a los ojos. Estampas antiguas con relaciones de milagros. Hornecillos que venden pirulies de la Habana. La procesión por el pequeño atrio alborzada de gritos

y cánticos; colores chillones en los vestidos de las moras tuerhanas y blusas oscuras en los hombres eutoniguados.

San Juan; abandono lento de la vieja ciudad consumada en unas décadas en que los barrios altos murieron precipitadamente. También, de pronto, un resurgir atrevido de paredes rosadas que se alzan con sudores empleados en vendimias lejanas. (Dios sabe hasta cuándo.)

Desde la calle de los pozos, donde los curtidores acotan sus pieles inundando todo de olores nauseabundos, sube la empinada calle de San Ginés de la Jara, el canto humanturques-solrino de Carlos el Magno, que estaba pintado a gran escala en el muro principal del porche que da entrada a Zapatería.

Desde ese punto, las callejuelas arrancan estrechas y retorcidas jugando con la torre a un divertido me ves, us me ves. Andan los polluelos por las puertas, entre las mujeres sentadas al sol o a la fresca. Comienza a arder un braseo. Puesta en una caña, traen los muchachos una culebra muerta. Una vieja acosa a la fonta infeliz: - Te gustan mucho los hombres! - Yo quiero más mi casarme. - Te acostarías con todos. - Casarme, casarme es lo que quiero.

Zapatería abajo, un niño corre en su patinete. De pronto, se detiene, mira el dibujo del acuarelista y grita: - La realidad de lo que me ha convecido. Y le da al patín.

Desde San Juan, bajaba Josefica con su viejísimo repajó hecho de todas las telas sobrantes. Bajaba a tomar agua del Ibreno. Por cualquier cosa bailaba juntando la barbilla con la nariz. O se remangaba por delante y por detrás. Hasta que su hermana Juana llegaba y la recogía a mejor vida y más honesta.

Retratos de gentes que declaran contra la ciudad:

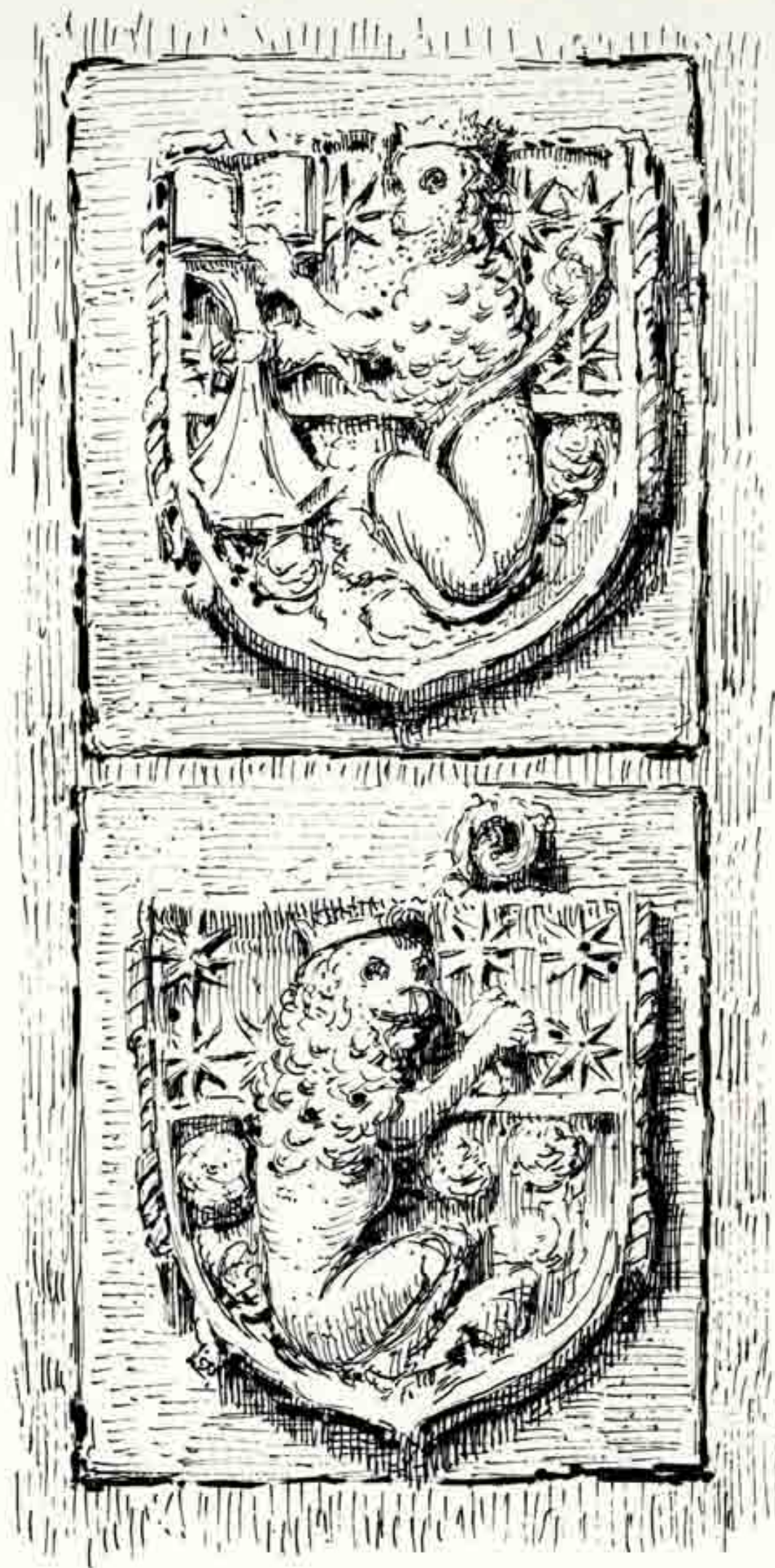
"Benito Guardiola es hombre probe y siendo como es probe tiene por oficio tocar un tamborin en repocijos es hombre hablador y fue preso por el Santo Oficio y lo penitenciaron por desatinos que habló contra nuestra fe."

"Pedro Romero, vecino de Librilla, es hombre prolijo y hablador y burla el pueblo del es hombre juglar y raer le llaman el loco casose con una esclava de su amo siendo asoldado."

"Pedro de Miras o de Librilla es hombre prolijo que gana su vida por sus manos y hombre que si tiene un real no trabaja hasta que lo ha comido y mudose el nombre diciéndose Pedro de Miranda prejurase."

Año 1543 Pleitos de términos.





VIEJO REDVCTO





Santa Maria, que antiguamente fue mezquita de los moros. Lo dice la gente, lo dice la Historia y es verdad. Tiene, forzosamente, que serlo ya que era costumbre, de las personas reales conquistadoras de ciudades, dedicar precisamente la mezquita principal a Nuestra Señora Santa Maria. Don Alfonso X el Sabio, que conquistó a los moros esta tierra siendo aún príncipe, no dejó la costumbre de sus mayores.

Mandaría reformar la tal mezquita; ordenaría a sus arquitectos que le dieran algo de sabor cristiano con unas arcadas y columnas

Iglesia de Santa Maria

*Este templo es uno de los más hermosos, y grandes, que tiene este Pueblo en sus Igle-
sias Parroquiales, y una de las tres que ocupan la parte más alta de la Ciudad.

Morote, pag. 281

en cuyos capiteles se hicieron ostensibles las formas de unos ángeles músicos. Después, muchos años después, todo vendría a ruina y nuevos haces de columnas góticas se elevarían, como en San Pedro, San Juan, San Jorge... Mucho más tarde, la iglesia interrumpida de Santa Maria, se completa con sorprendente imitación gótica que engañó a los historiadores más perspicaces. La total ruina descubrirá, por fin, el pastiche.

Hubo un obispo de la diócesis que decidió tener palacio en la Ciudad. Lo hizo construir dentro de los límites de esta parroquia de Santa Maria. Fue el obispo fray Antonio Bedán. En sus escudo aparece un sabio león, semejante a mono, que pasa las hojas de un libro sobre los campos de rosas y de estrellas. No le busquemos el simbolismo para no caer en el error de adivinar exactamente. Ese escudo de Bedán aparece marcando una cruz proeza, de cristal de roca y plata, que regaló a esta iglesia. También en una espléndida custodia. El franciscano Bedán debió amar mucho a la Ciudad.

Cuentan que Alonso Faxardo el Bravo, o el Malo, - el de la carta airada a don Enrique; el del exilio aragonés - tuvo diferencias con fray Antonio el obispo. Y que le mandó quemar la casa.

Entonces, la justicia del rey ordena que la solariega de este Faxardo, fuera de la Puerta de la Palanca, sea en adelante propiedad de los obispos de la diócesis.

*Era en este tiempo Alcaide... (por su primo Don Pedro Faxardo, que lo era en propiedad, y Adelantado del Reyno de Murcia,) Alonso Faxardo, llamándole todos el Bravo, y de algunos el Malo, por demerencias que tubo en defensa de su honra, como dice el P. Vargas. Era este famoso Alcaide, hijo de Gonzalo Faxardo, nieto de Juan Faxardo, y biznieto del Infante Lago de Inglaterra, que casó en Galicia con la Señora de la casa de los Faxardos, y siendo Comendador de Sobos, entró en esta Alcaidía... en cuyo empleo hizo prodigiosas hazañas con su gente contra los Moros."

Fray Pedro Morote pag. 357

Junto a Santa Maria hay circunvalos de un antiguo templo. Cerca de Santa Maria, los chiquillos encuentran extraños ex-votos de mujeres con alto peinado y pechos desnudos, ofrendas. Y figuritas de gato, perros, de juegos de ajedrez. Con restos de ánforas y cántaros árabes.

Desde Santa Maria, en el amanecer de los domingos de Resurrección, salía Nuestro Señor Resucitado, entre banderas de seda, colgaduras, flores y músicas alegres.



CIUDAD MURADA



BLASON SEGUNDO.



La Ciudad permaneció durante muchos años encerrada en sus propios muros. Todo era rebato apresurado cuando las polveredales levantadas por los caballos africanos se columbraban en el lejano horizonte. Rápidos

mensajeros salían hasta las ciudades y villas vecinas para convocar a corregidor, adelantados, alcaides de fortalezas, y congregarlos en este muro para salir a deshacer el entuerto causado por las incursiones de los vasallos nazaríes. Las batallas de Cabalgadores, Verja, Félix, Velillas...

El socorro de Vera y el hecho de la Noche de Serón, quedan escritos para que nadie olvide, y siempre se tenga presente, el gran valor de la Ciudad.

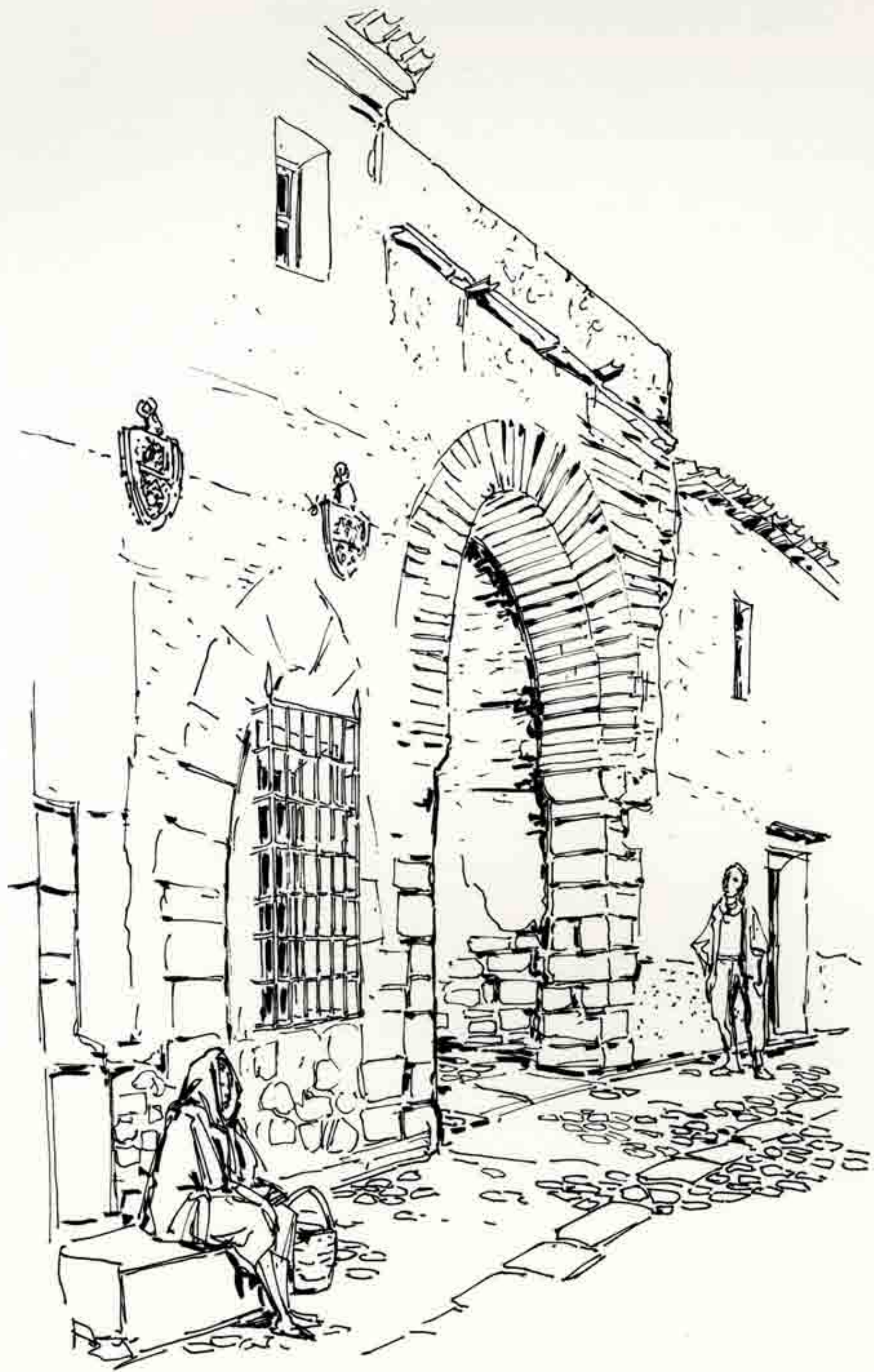
Hay un día glorioso en que los muros fuertes quedarán condenados a destrucción: el seis de enero de 1492, cuando Granada es arrebatada al poder musulmán por los Reyes Católicos. Todas las campanas de España voltean alegremente. El Reino Nazarí se ha humillado.

Ya los labradores podrán salir a sus faenas del campo sin miedo a ser hechos prisioneros y esclavos, sin temor a ser asesinados o robados. La Ciudad cambiará de signo. Ya no habrá de estar siempre puesta en armas; el trabajo y las artes emprenderán su labor impaciente y apresurada. Los artistas renacentes, que traen desenterradas las viejas normas del Antiguo, se emplearán en escudos apresados por águilas bicéfalas, rodeados del velloso del lejano Jason. Las armas de la Ciudad estarán ornadas con racimos de frutas y laureles macizos. Proliferarán los escudos de los hijosdalgo en caballeros acaudalados a sus ventuales, salvajes peludos o guerreros armados de todas armas conteniendo los complicados cuarteles, defendiéndolos con sus gruesas mallas. Las viejas torres serán derribadas y se alzarán otras. Canteros vizcaínos trabajarán sin descanso con refinados artistas que viajaron a Italia aprendiendo los nuevos primores que les hacen despreciar las toscas creaciones de tiempos pasados.

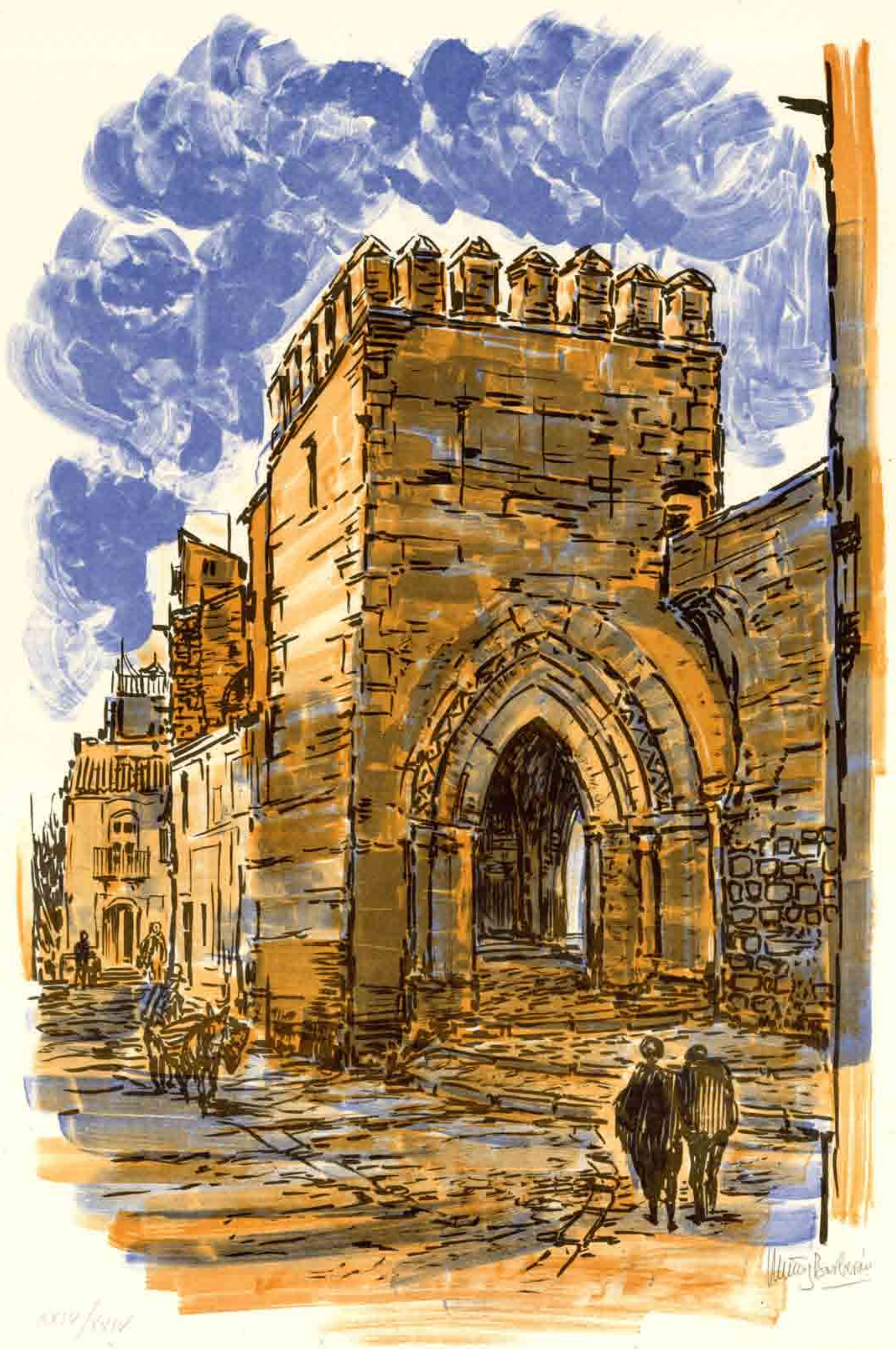
La vieja iglesia de San Jorge es derribada y en su solar, ampliado, se comienza a levantar la Colegiata del Señor San Patricio, en cuyo día las fieras cristianas aquí reunidas, dieron con el respueta a las altameras de los Alabeces, en los Alporchones. Las batallas son pintadas en tablas por Alonso de Monreal. Ginés Pérez de Hita las describe en verso.

Los caballeros abandonan sus casas altas de Santa María, San Pedro y San Juan, haciendo edificar otras mejores y más sumptuosas en Santiago y San Mateo, saliendo de los muros y límites antiguos. Los conventos hacen lo mismo y la Ciudad se extiende por el llano, triunfante, casi olvidando que su riqueza depende de tres malos o buenos años que pueden o hacer pasar hambre a hidalgos y pecheros o darles dinero para caballos y fiestas, vino y danzas.





LOS PORCHES





En la Ciudad sólo queda ya un porche: el de San Ginés, al que la devoción popular convirtió en Porche de San Antonio de Padua. Bajo las arcadas, en la pared principal, unos devotos de hace ochenta o noventa años, colocaron la imagen pequeña y no trabajada a mano sino fundida en yeso y colas, del santo libveta. Pusieron, además, otros cuadros devotos, como una estampa del Corazón de María y su compañera la del Corazón de Jesús. Las flores de trapo crecían alrededor, entre velas torcidas y siempre apagadas. Personas modestas, añadían flores grandes, de papel de seda, como cotes teñidas.

Alguna vez, sacando dinero de los capos puestos en los rincones, se reunió lo bastante para que un carpintero de mano torca hiciese un barandal alto, de forma muy elemental, sin pueras torneadas ni adornos vanos, y esta barrera respetuosa fue pintada de verde luciente. Había un viejo farol que se encendía con frecuencia y que juntaba su esfuerzo luminoso a la débil irradiación de la municipal perita eléctrica no lejama.

Algunos viejos lienzos de pintura estaban, igualmente, en el recinto, caprichosamente repartidos. Un extraño cuadro de Santa Paula, una Purísima Concepción y algún relato de milagro antiguo ingenuamente pintados. Lo cierto es que la viejísima pintura de San Ginés de la Kera, oculta en parte por San Antonio, sus flores y los cuadros acompañantes, amén de multitud de ex-votos moldeados en cera amarillenta que colgaban arracimados con trenzas de pelo, desaparecía totalmente bajo una espesa capa de polvo y churrones que producía la lluvia al discurrir sus aguas por los intersticios y grietas de las bóvedas.

Queda sólo este porche de San Ginés aunque ya sin las devociones, desaparecidas. Ahora está casi pulcramente restaurado y las gentes vuelven a evacuar en sus rincones sin ningún reparo místico. Las cabras, como siempre, pasan el viejo hueso ciudadano, caminos de su cercado en la ciudad alta. Un hombrucillo, arrebrujado en rocin trapo oscuro camina tras del bato con una varilla con que guía a los animales desmanitados.

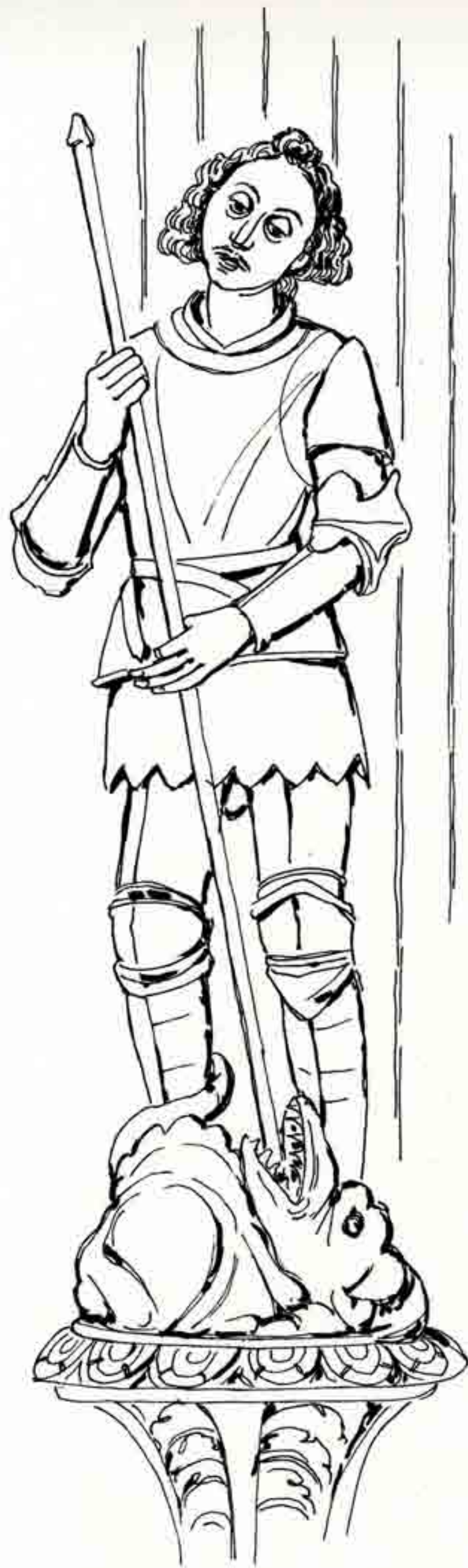
Con San Antonio, muchos santos se fueron de la ciudad, padeciendo persecución tardía e injusta. Se fue San Liborio obispo, que estaba muy cerca del porche de San Ginés, en el muro de un viejo caserón del XVIII, que daba esquinas y entrada a la calle de la Casa. Se fue otro santito, desconocido y olvidado, que ocupaba su cantón en una estrechísima calle que bajó hasta la Alberca. Y otros santos de piedra, los ojos pintados de negro, mirada saltada, de salamanquesa, como la de los muñecos baratos o la de los santitos de barro que se vendían en los mercados de los jueves: Cristo sangrante, arrotado y burlado; imágenes, gorrias o delicadas, de María. Todos se fueron en unos días y no hubo piedad que los volviera a sus lugares desde los que presidían verbenas, fiestas, entierros, bautizos y toda la vida sencilla de las calles viejas de la Ciudad.

Señor de haber muchos porches. Los más viejos, fueron conocidos solamente por: el de San Ginés y el de San Jorge. Este último, tenía restos de pinturas antiquísimas, también enmascaradas de polvo y churrones de agua sucia. En un pequeño nicho quedaba el santito con su dragón. Era un porche antiguo y más pequeño que el de San Ginés. Perteneecía a una muralla? ¿Qué era sólo del tiempo del obispo Bedán, aquel que quería de vivir en la Ciudad y que regala cruz y custodia a Santa María.

Es principio de esta última amplia-

ción la
de San
da con
ses con
de la al
dalencia
muralla
hasta la p
de la isle
LORCA SOLVM GRATVM
antigua puerta
Ginés, cuya mura
la inmediata de
ría por el Arquillo
ma; y de esta por
la de Nogalte su
por la ermita de
erta Cervoera
llamada
lla enquis-
Cartagine-
a la puerta
la de la tag-
biendo dicha
San Roque-
muy cerca
Morote, pag. 81





LA COLEGIATA





Tenía la Ciudad en tiempo remoto y en los primeros de su reconquista, una plaza que era la de los mercados, 2000 antiguas. Esta plaza única, vino a llamarse de Adentro al originarse otra segunda, más grande, casi contigua, que fue llamada de Afuera por estar situada fuera de la vieja y segunda o tercera - muralla. Un último muro había que cercaba la Ciudad más moderna y que pudiera llamarse la cristiana. Ciudad que creció tras la llegada del Príncipe don Alfonso necesitándose una nueva cerca.

El paso desde cualquiera de estas parcelas ciudadanas a otras, se establecía por puertas o porches que se sucedían en diferentes alturas. Una parte de la Ciudad podía quedar aislada de la otra si esas puertas se cerraban.

El Concejo tenía por asiento y refugio una de esas puertas interiores, situada, precisamente, entre lo que hoy es fachada de la Colegial de San Patricio y la hasta hace unos sesenta años conservada Casa de los Corregidores. Esta casa, destruida en parte y reformada, pasó a funciones judiciales cuando el Concejo pasó, a su vez, años antes, a los corredores levantados en parados siglos para ver cómodamente fiestas de toros y exaltaciones de reyes. Que todo suele ir así en todas las ciudades.

Fue levantada la Casa del Corregidor en tiempo en que el padre Morote regia la ordenación de símbolos ciudadanos. Así, sobre los arcos de la plazuela del Cañico de la Cárcel, dos forzutos guerreros, armados de gruesas mallas sostienen un escudo sobre el que luce un gran sol símbolo de la Ciudad. Repartidas por las enjutas andan las leyendas que nos cuentan como Elis, ilustrado amigo y compañero de viaje de Eneas, la Ciudad como Rómulo a Roma. Como después de este troyano príncipe, los cretenses griegos añadieron al nombre de Elis el de Creta y, así, fue llamada la Ciudad Eliscreta, ni más ni menos. Y esto fue así pues los autores aducidos por Morote, lo abundantes textos, no dejan lugar para duda alguna.

Quizá Morote, a veces, se empeña en darnos las murallas, que él ve ennegrecidas y ruinosas, como de fundación remota ordenada por aquellos troyanos y cretenses, pero esto puede perdonarse al historiador en virtud de todas nuestras ignorancias-enciclopédicas- y de que el pueblo sigue creyendo que el castillo es moro y nadie se molestó en corregir errores que a ninguno hacen grave daño.

Entre la antigua plaza de Adentro y la más nueva de Afuera, hay otra menor, plazuela, que viene a ser como centro espiritual de la Ciudad. En ella, la gran imponente colegial. En ella, los escudos renacentes de la Ciudad, haciendo lado al central de Carlos I el Emperador. En ella, la fuente vieja a la que venían las aguas de la Sierra del Caño, desde los Pilones. Y en ella las arcaicas sobre las que se escribe, al dictado del sabio fraile, parte de la quíen sabe si mítica o histórica fundación de la urbe. ¿No pudo quetzales, a Eneas y sus amigos, esta tierra que nos gusta a nosotros?

Esta es placita de poetas y de artistas. Eliodoro, el poeta de la Ciudad, encontró muchas veces en ella los motivos principales para sus melancólicos versos. Sobre todo en el nocturno de la Ciudad embriagada por las débiles y amarillentas luces, apenas alumbrantes, cuando se destesta el balcón entrecubierto que desvelaba apenas un interior parpadante de lamparillas de aceite. Es como fuego fatuo de las lamparillas pintadas por don Paco Cayuela!

* El Pósito que tiene esta Ciudad es, en lo material y formal, uno de los más principales de este Reino. Su fábrica es toda sillería; la que, siguiendo el orden de las salas de ayuntamiento, sirve de fachada a la plaza de verdulería. Hacenla muy vistosa los grandes y primorosos escudos de alabastro, en los que, con la mayor sutileza del arte, están, de perfecta escultura, las Armas de España y de esta Ciudad.

Morote. pag. 275





LA FÁBRICA INSIGNE



18/10/20

William Barber



Cuando la batalla llamada de los Alporchones, contra los bravos Alabeces naranjitas ganada, la ciudad hizo voto solemne de levantar sumptuoso templo al santo, colaborador efficacísimo, Patricio de Irlanda. Desde el diecisiete de Marzo de 1452, la Ciudad está en deuda con el bondadoso evangelizador de Irlanda que, sin pararlo, quizá, se ha visto metido entre la polvareda de la contienda terrible. Más de setenta años queda la promesa sin cumplir.

En los tiempos felices del Emperador Carlos, parece ser que un hijo de la Ciudad ejerce en Roma el oficio de escritor de letras apostólicas. Cuando el sacro terrible, un hermano de este clérigo, el capitán Clavijo, entra en Roma con las fuerzas capitaneadas por el Condestable francés. En la revuelta y saques despiadados, acierta a poner en salvo a las hermanas de Clemente VII. Esto cuentan algunos historiadores. Pasado el trance, elija

la ocasión de que capitán y clérigo alcancen algunas sinecuras del pontifice y la ciudad la concesión de Colegiata Insigne con título de San Patricio.

Ocasión importante. Un gran templo que sea como una catedral, que aventaje a muchos otros del reino y aun "de estos reinos". La Ciudad, coronada por el gran edificio religioso que ella merece, donde los cánticos y las oraciones de los "hijos de Marte" resuenen con su debida y merecida amplitud.

Cuesta trabajo obtener dinero pero se consigue: partes del diezmo, hornos o hilos de agua, impuestos, multas, concesiones reales... todo sirve para allegar esos fondos y el maestro Quijano va trazando en amplios papeles los lugares de las rocas columnas, capillas, torre, por todas.

La competencia con otras ciudades cercanas está clara - Baza, Murcia... - una cierta impotencia de la Ciudad, también. Alguna hostilidad foránea no deja de notarse. No obstante, el gran templo, ahora quietas las obras, luego activadas, sigue su crecimiento y en tres siglos, claramente marcado en sus líneas arquitectónicas, cierra sus muros y techumbres con altibajos de estilo y riqueza.

No hubo para el gran templo lugar mejor que el solar antiguo de la capillita de San Jorge, que fundaron los catalano-aragoneses, donde estaba la estatua del mítico patrono de las regiones levantinas. Jorge-Perees venciendo al diablo-dragón, con gesto ingenuo y sonriente, las melenas rizadas, las manos rígidas mal ajustadas a la endeble lanza. El pequeño templo está adosado a la muralla y gran parte de esta será derruida para que el colosal templo ocupe su lugar y línea undadama. Incluso, cuando el momento de la gran construcción lo exija, las torres y puerta donde el Concejo se reúne y ayunta, serán también echadas abajo.

La Plaza de Afuera comenzará a adquirir su rango con las limitaciones de las Salas Capitulares Colegiales, las balconadas del Concejo y Justicia para la expectación de fiestas, con los altos y sobrios muros del gran templo. Resuelta en arcos, huecos embellecidos de ornamentaciones pétreas, con hierros de hermosa forja y nobles maderas talladas; el siglo XIX, por fin, cerrará uno de sus lados más amplios con su arquitectura indecisa en la que el yeso ya comienza a pretender el enriquecimiento con falsos y débiles atrevimientos de muy distinta influencia.

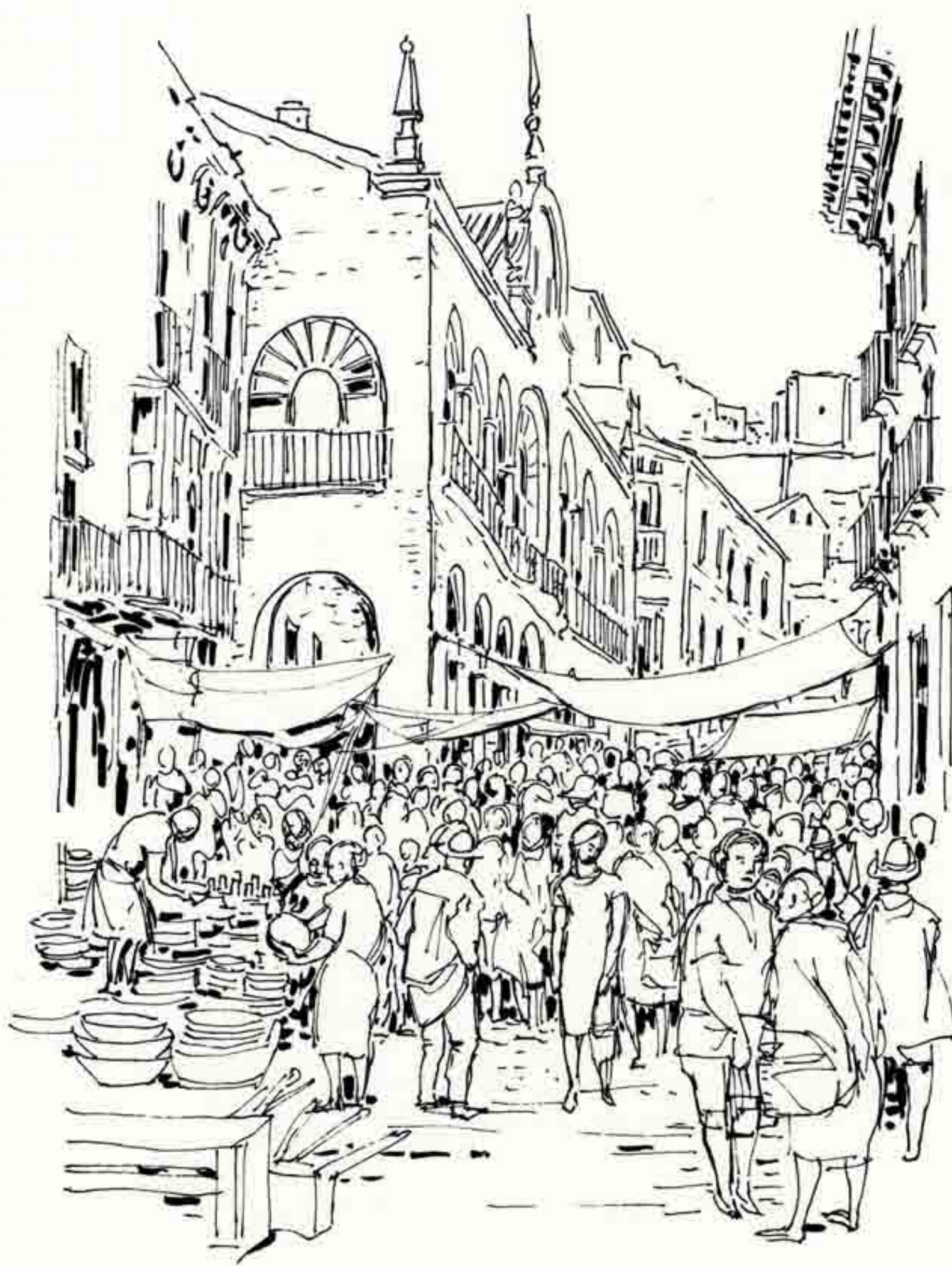


"Luego que el Rey vio la Ciudad ganada, de un bando la pobló muy belicosa; de armas la dejó muy bien dotada, con un blasón crecido y valeroso. Dejóle una llave y una espada con un castillo fuerte y poderoso; encima de un caballo un Rey armado con imperial diadema coronado."

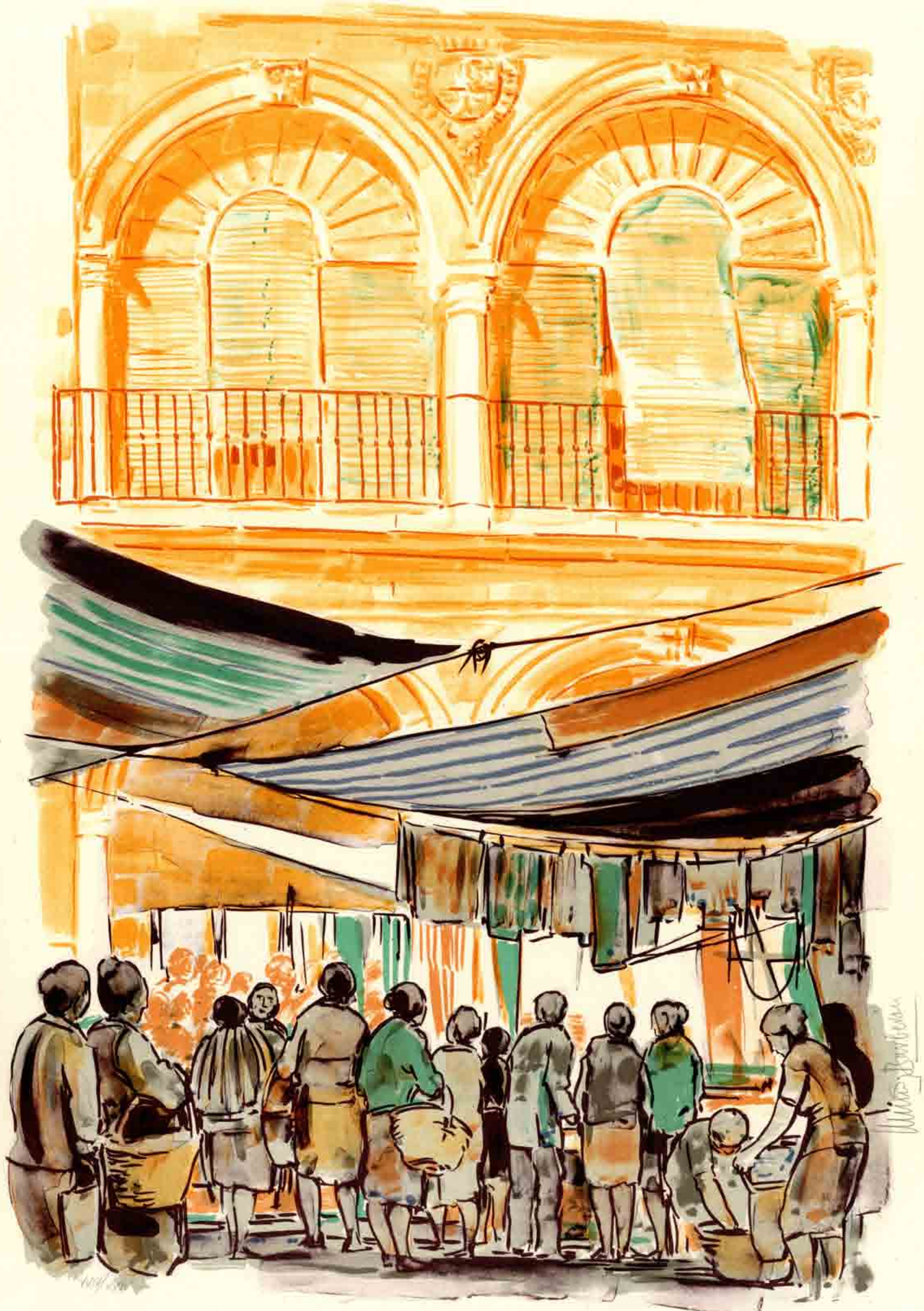
Octava 33 del Canto III^o
Poema de la Ciudad

BLASON TERCERO.





LOS MERCADOS





Merced singularísima de reyes conquistadores, otorgar mercados y ferias a sus ciudades tomadas. A la Ciudad no dió estos privilegios su rescatador don Alfonso; pasado los años, vinieron esas mercedes. Don Alonso el oncenno, a quien Montez dió ordinal de XII con razones que explica muy bien, da a la Ciudad una feria por los días de San Martín, ocho antes y ocho después. Feria franca, se entiende. Para la por entonces villa, esta feria es importante porque el gran comercio, favorecido por la franquicia, acudirá; y vendrán gentes desde lejos a comprar géneros que puedan interesarles.

Cierta viajero árabe, cuyo nombre casi nadie recuerda, nos contaba cómo en el zoco de esta ciudad - la Plaza de Adentro, seguramente - se podía comprar, entre otras muy diferentes cosas, tierras de raro y hermosos colores: ocres, rojos, violáceos. No lo dudaron viendo las variopintas montuosidades que rodean la Ciudad. Quizá en tiempos de ahora ya había en ella muy importantes mercados. Además de la feria otorgada, había necesidad de un mercado semanal.

Y llegó en tiempo de don Enrique IV, luego que su padre don Juan II hubiera otorgado a la hasta entonces villa el título de Noble Ciudad.

Los primeros mercados se celebraban, los jueves de cada semana, en la Plaza de Adentro; con el tiempo fue visto por mejor lugar la de Afuera y se bajó el mercado un poco más. No hace muchos años, se declaró mercado errante y pasó a las cercanías de las Alamedas, se alargó a tal plazuela alejada y modesta, andando sin lugar fijo y definitivo.

Otro tanto ocurre con las ferias que, de tener real con puertas y seguridades, pasaron a errabundear y vagaron para cántica que siempre - siempre... - se llamó de Colón. Estorbó allí la tal feria y bajó a las cercanías de Sutillena, donde la estación del ferrocarril; por allí se anda con sus norias, caballitos y aviones estridentes.

Un mercado importante, serio, es aquel en que se compran y venden las tinajas, los botijos, sartenes y útiles de cocina, los santos de barro de arrebolado y, desde luego, las hermosas tierras de variados tonos. Mercados de averíos y nuevos, ollas de miel y arropes de calabaza, conejos asados a los que se le busca la barriga y los muslos. Todo eso. Incluso no faltar una pelirroja rara que se ponga al cuello los grandes lagartos y los acaricie mientras su compañero de andanzas y negocios ofrece al respetable público la pomada infalible hecha con las grasas de los rabos de sus animales.

...se celebra la feria de quince días continuos, desde el día 8 de Septiembre... y es una de las más ricas de España, con el concurso de tantas gentes, gusto de tantas frutas, hortalizas, dulces, y otras cosas comestibles, motivo de estar plagado de moscas el recinto y convento, jamás se ha visto alguna en el rostro de esta santa imagen.

Morale pag. 194

Puede haber un vendedor de sortijas y collares baratos y vistosos. Pero que haya cartones y cartones con laca-vajillas, bolsones de tortas falsas y galletas rancias, bolas de plástico y cubos de colores chillones... no parece en zoco, ni mercado, ni nada. - O quizá sí; quién sabe! - Pero no: un mercado debe traer cosas lejanas, que no haya en la ciudad. Igual que las ferias. Las ferias se deben abrir un día para el asombro de los compradores que encontrarán en ellas lo pendiente que la novia ni sospecha; el cuado de plata con la bulto y en su color natural; la Virgen de las Augustas de Granada, de rodillas y vuelve la cabeza a un lado y a otro; escopetas de rojalato; caballos de cartón; carritos; maquinillas de coser... Y confiterías yurroneías con galletas, espantamoscas y botellas de anís. Y el pintor de barcos que hace ríspas y llama a un niño para que mude la mano en la bolsa de los números. Sin estos y otras cosas más, una feria es nada: polvo, gritos, chiquillos que se matan persiguiendo en los aviones, cuadros que arrastran a sus hijos hacia las casas... Nada.

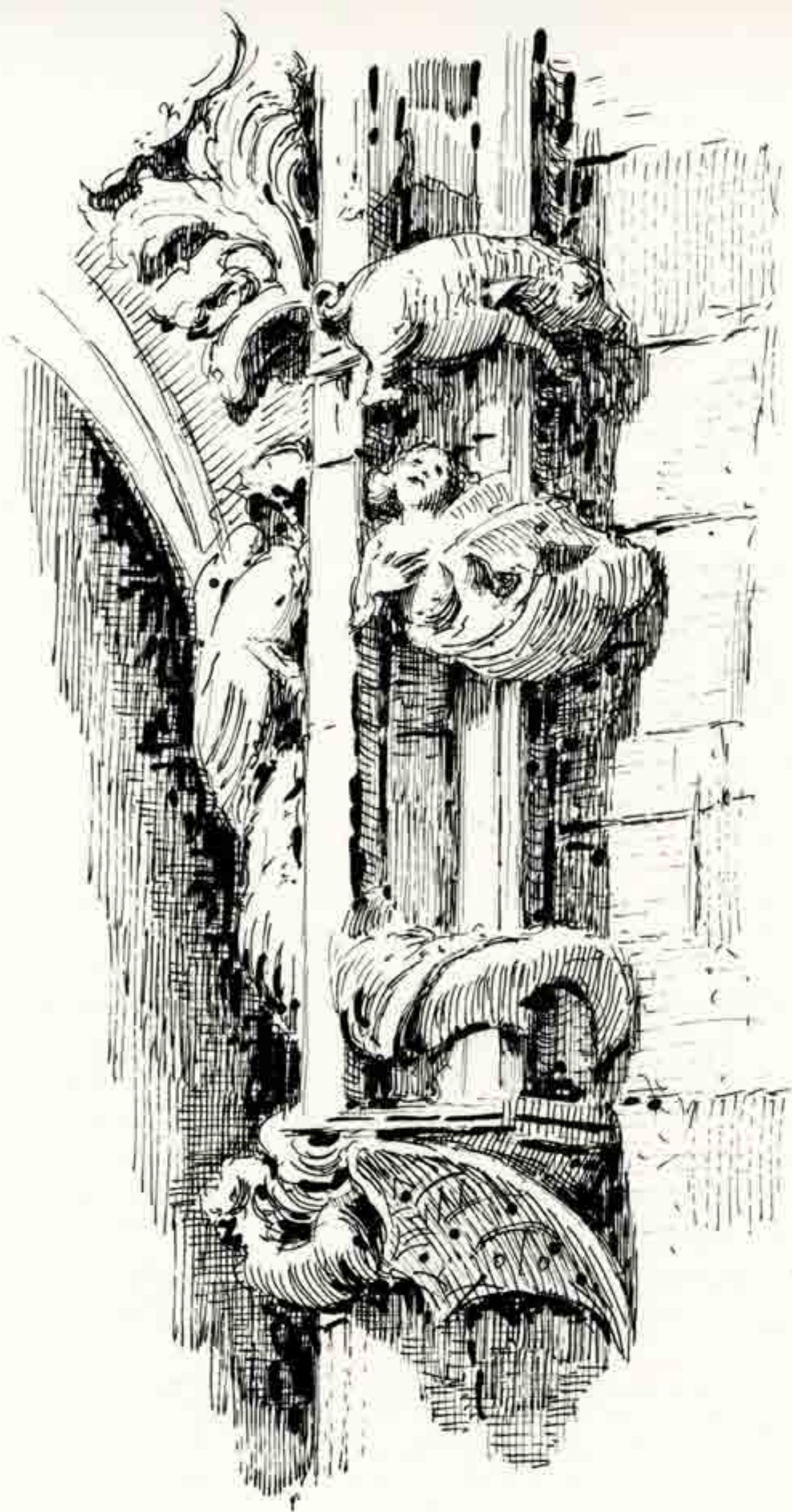
Enemigos de la Ciudad que hablan dentro ella en pleitos.

*Juan Fernández, o de di Brilla, es pobre y raer y vivió mucho tiempo en Valencia que fue o de ella y vendió una hija a Vormediante para mancha por veinte mil maravedis según es fama.

*Martín Ximénez o de di Brilla carnicero es hombre que él propio con sus manos corta la carne y es muy hallador y por desafuero lo prendió el Santo Oficio y fue apremiado por él.

Ayuntamiento Pleitos determinados 1543





LAS GENTES RIEN



1914/15

M. B. B. B.

P

Por los años de 1599 a 1560, en la Ciudad aparece un modesto zapatero que se ha traído, desde la cercana villa de Vélez Rubio, a su esposa, la hija del



SOLUM GRATUM.

alguacil mayor Antón Lázaro. Ambos, zapatero y esposa, son de una edad; andarán en los veintitres años. El tiene la mirada viva, inquieta, como si constantemente viera la gran

escena del pasado, recreándola. Es aficionado a lecturas y compra y pide libros a todos los que venden o tienen. Conoce el Orlando del Ariosto, aunque no le está bien a un menestral andar presumiendo de lecturas italianas. Incluso sabe dejar ir algunos giros toscos. El zapatero se llama Ginés Pérez de Hita; su esposa, Isabel Botia.

Anteriormente, sólo hace unos años, este hombre se apellidaba Pérez de la Chica; ahora mudó a Hita. Ella tiene el Botia y no el Lázaro de su padre por razones de abolengo ya que tanto desciende de los Lasos de la Vega, aquellos del Ave María en la vega Granadina, — Lázaros — como de los no menos nobles y rancios Botias. El zapatero escritor se siente orgulloso de la prosapia de su mujer.

"Canta, pues, musa mía, las hazañas de la ciudad más fuerte y valerosa que hoy se halla en todas las Españas, del arte militar muy más famosa. Canta de sus grandezas tan extrañas, de su furiosa gente belicosa y del estirpe antiguo do ha venido que estaba sepultada en el olvido."

Primera octava del Canto I^o del Poema de la Ciudad.

Ginés, por encargo del Concejo, en las mejores fiestas arma con ingenio la gran gatera turquesca, temblorosa de flámulas, banderolas y gallardetes. O la gran sierpe que reptará hasta el centro de la plaza de Afuera y reventará en caballeros de lucientes armaduras. La roca que nadie sabe cómo camina y que lanza fina grajca de anis, como menuda lluvia de aljófar. Ginés Pérez, en lo alto del castillo, hecho de maderas y papelones, tomará figura de migromante; rabiará de ira al destruirse sus poderes mágicos por la fuerza y arrojo y valor de la persona de cierto caballero venturero, venido, desde lejano país, a destruir la soberbia de los turquescos; que pasaron el mar líbico y llegaron ante los muros de la Ciudad cantando su romance:

Oh, Ciudad, cuánto te cuestan ~ a ese Reino de Granada
que los moros tus vecinos ~ viven vida muy penada...

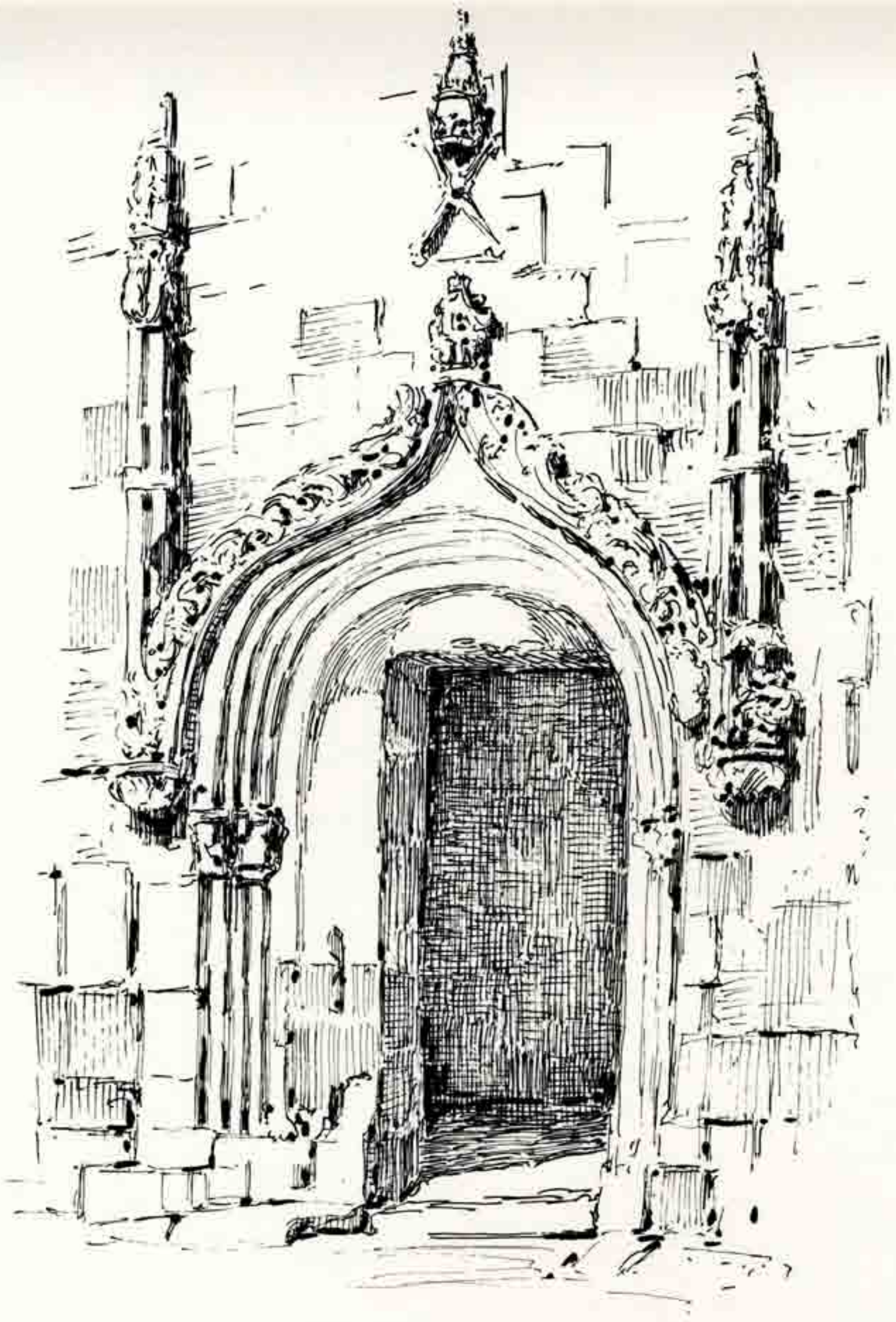
El Concejo, por fin, decide que nadie mejor que este zapatero podría escribir el gran poema de la Ciudad; y le encarga de ese cometido. El poema debió de ser excelente, si no es que los malos copistas lo han destruido en todos los tiempos, desde 1573 acá, y ahora no hay quien lo lea. Pero la gloria del zapatero está en su libro de la "Historia de los bandos de Zegries y Abencerrajes..." Digamos, el libro que es más conocido como "Las Guerras Civiles de Granada". Este libro sí que ha sido leído en casi toda Europa y ha llegado a influir en muy altos escritores románticos. El zapatero puede dormir, su largo sueño de alquicelas y alcantifas, en esa tranquilidad y orgullo.

Veinte años asiste en la Ciudad Ginés Pérez. En días de apuro económico, de sequías y enfermedades, por los años de ochenta, sacude sus sandalias y escupa para ofrecer humildemente sus servicios en otros concejos:

"...y si Vuestra Señoría quisiera haría yo algunos torneos de caballeros o danzas e invenciones,



juegos de cañas, de sortija, auto del Sacramento y otras cosas..."



HISTORIAS DE LA CIUDAD



William Barber

1994/95



MARIA SANTISSIMA

MADRE DE DIOS,

EN SU ANTIGUA, MILAGROSA,

Y REAL IMAGEN

Las ciudades necesitan de un historiador. El zapatero escribió maravillas del pasado de esta ciudad, pero aquello fue un bosquejo, versos que pueden ser tomados como fantasía acalorada de un hombre que sueña. La Ciudad, ahora, precisa de un hombre, culto y enamorado de ella, que describa puntualmente sus gloriosos hechos.

Aquí está el hombre: fray Pedro Morote Chuecos. Nadie como él ha profundizado en los antiguos y doctos libros. Nadie está tan enamorado de los viejos muros que ve atacados y destruidos por los locos buscadores de tesoros. Ante el Concejo, él protesta, repetidamente, del abandono de estas respetables y viejas piedras, memoria hermosa de la Antigüedad.

Por los años de 1820, cuando el fraile prepara su historia, de los Austrias queda sólo el recuerdo. En el camarín de la Virgen de las Huertas, pintados en el muro, están los altos bigotes de don Felipe IV. Morote los mira y admira comparando aquella gallardía con las caras rasas y viradas pelucas de los hombres de hoy. Morote recrea en su imaginación aquellos varones, más antiguos, que salían a los campos dorados y polvorientos a guerrear contra los muros linces y. luego de la batalla, ocupaban su esfuerzo en separar de los cuerpos las reñepidas cabezas para traerlas a la Ciudad y que los muchachitos se aborrecieran en el odio a la morisma. Aquellos hombres que ahisaban sus entristecidos bigotes en el odio a la morisma. Añora al y encendían sus ojos mirando hacia los caminos de Vera y el Velez. Añora al levantisco y esforzado Alonso Fajardo el Bravo, que se atrevió a escribir a su rey don Enrique IV, el que conía sobre cofines moros, aquella carta famosa: "A par de muerte me es..."

Llora de rabia el buen fraile cuando cruza las puertas ruinosas de la ruinosa muralla y las ve atacadas de tierras y basuras, agujereadas por cucos y petates, que eso son los chiquillos mal hablados; tal, hijo de mala madre, tal, lejano descendiente de judíos o moriscos, que no hay vientre cristiano que di al mundo semejantes bastardos. (- Padre Morote, padre Morote. Se reporte V.R. que las ciudades tienen, como los hombres, escrita en gloria y su destrucción.)

El fraile escribe, hace acopio de notas, escotio y corolarios. Él le dirá al licenciado Cascabel que son verdades y que son mentiras. Le destruirá, al pasado historiador de Murcia, algunas afirmaciones viejas que hizo. En contra de la Ciudad, si, que todos sabemos la vieja inquina. Pondrá las cosas en su lugar exacto y sacará los textos clásicos que le ayuden a demostrar que Poncio Pilato, contra lo que se ha dicho, no fue nacido aquí; antes al contrario, fue francés, de la Galia, y los Ponce, de noble ascendencia, que vinieron a la Ciudad en tiempos antiguos pero muchos después de la Sagrada Pasión de Nuestro Señor Jesucristo, nada tienen que ver con el Ponce de mala memoria, antes son de clara y nobilísima estirpe.

Por todas estas cosas hace falta en una ciudad el historiador serio. Que confirme, si, a Pérez de Hita en su aseveración de que los Luctos, amigos de Eneas, fundaron la Ciudad y levantaron sus muros aunque no para que viniera a nacer en ella cierto personaje de testable. Historiador que nos relate cómo los muertos pueden surgir de sus tumbas y entrar en el coro, pasando frailes, para reclamar las misas por sus ánimas que olvidaron o descuidaron los vivos. Que nos diga cómo, ante un energético sermón del padre Ueals, famoso por su santa vida, pueden chorrear lágrimas las figuras pintadas en los muros. Cómo Santa Victoria fue martirizada aquí y no en otro lugar. Y San Indalecio tuvo aquí su cueva. Y tantas cosas...

- Además, buen padre: el tiempo demostrará que mientes, quienes dicen que murió V.R. llevado de su amor a la Ciudad. Cada día, una supuesta falsedad de V.R. se confirma a nuestro favor cuando las enterradas piedras florecen a golpe de arado y dan su testimonio.



"Mas qué mayor ejemplar que el que vemos en las estigias del Señor Felipe IV que, cortado el pelo y con su bigote retorcido, infunde reverencia a quien le mira! No temían los moros... a los napolitanos, a los que veían hechos de barba y vestidos de gala; a los del Tercio Roto, y vestidos de pardo, fue a quien temieron..." pag. 402
"... que lo que han de militar en las campañas, no se han de enjaren estrados y delicias de galas..." pag. 401
P. Morote



S.^{TA} M.^{LA} DE LAS FVERTAS



1150/1151

Ally Barbera

A LA EMPERATRIZ SOBERANA DE CIELOS, Y TIERRA,

MARIA SANTISSIMA MADRE DE DIOS, EN SU ANTIGUA, MILAGROSA, Y REAL IMAGEN DE NUESTRA SEÑORA DE LAS HUERTAS.

El principe cristiano que guerrea contra el infiel, marcha protegido por Santa Maria. Una reconquista de tierras que fueron ya cristianas con anterioridad de siglos, obliga a la sustitución inmediata de los templos



Quem, à Imperatriz sempre Augusta, à quem, si à V. Magestad, se avia de consagrar esta tripartita obra de la antigüedad, blasones, y Vatonos Jndres de la Ciudad

de sectas contrarias por lugares devotos de la verdadera religion. Para don Alfonso, principe cristianísimo, la reconquista de la Ciudad llevó consigo dos obligaciones: venerar y honrar la memoria de un santo de especial devoción

familiar, San Clemente papa, y dejar asentada en el mejor lugar una imagen de Maria con su Divino Hijo en el regazo.

Para San Clemente, una iglesia en el propio recinto amurallado que fue ciudadela mora. Para Señora Santa Maria, un fuerte santuario en el mismo y propio lugar donde se asentaron las milicias cristianas: el Real de las Huertas.

Dice la piedad popular: la imagen de Nuestra Señora de las Huertas, es la misma que llevó en el arzon de su caballo el principe don Alfonso. Dice la piedad ilustrada: no, sino que la primitiva imagen quedó en el alcázar, recinto amurallado más alto, y fue la llamada Nuestra Señora del Alcázar, reformada al paso del tiempo y convertida en una graciosa y entrañable muñeca devota, cargada de ropas lujosas y coronada de barrocos y valiosos símbolos. Asegura la erudición: ambas imágenes son muy posteriores; las primitivas, o la única primera, las destruyó el tiempo.

Así va todo en la Historia.

Críticas muy cercanas señalan la ausencia de lucha en torno a la ciudad, la aceptación de la entrega de ella sin aquel rodear las murallas, e ir Murviedro haciendo sonar tambores y trompetas por cierta parte, y acudir otro guerrero a la más descuidada atacando ferozmente. ¿Que nos importará la ciencia histórica cuando las tradiciones pueden acercarse a la verdad? La tradición es como un cliché rebecado. San Clemente y su conmemoración, están ahí, secularmente, recordándonos el día, sangriento o no. Una capitulación es consecuencia de una guerra y de un acuerdo oictorioso. La sustitución de una religion es tradición histórica segura e indiscutible. La ciudad mora dejó de serlo.

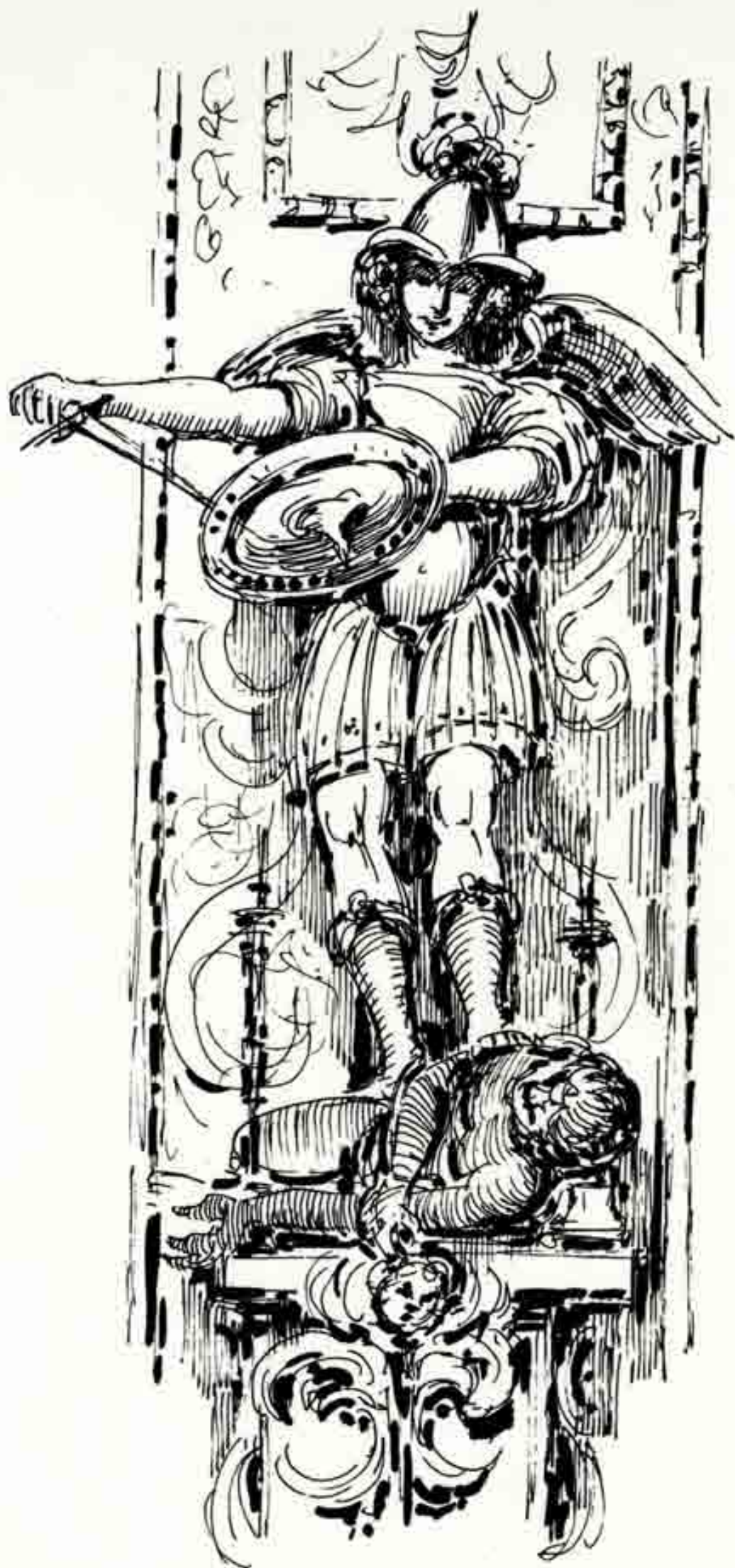
Estaremos seguros arriándonos a la exaltación amorosa del padre Murte que, al llegar a ese momento de la historia, canta la intervención de la pequeña imagen de Maria y nombra a esta mediadora en todas las victorias; asegurando, además, que cualquier hecho de armas triunfante, cualquier fecha que a la Ciudad le sea gloriosa, aparte la coincidencia con el santoral, es intercesión benévola de Nuestra Señora de las Huertas que saca a los niños de las acequias librándolos de muerte por ahogo, salva las cosechas, o levanta a los muertos de sus tumbas y cura a los enfermos irremediables.

En torno al viejo y reformadísimo convento de las Huertas, se hace anualmente una feria que en sus principios fue importantísima pero que ha ido decayendo hasta quedar en fiesta para niños. Como ha venido a quedar la otra gran feria, creada después para dentro de la misma Ciudad y que, lejos de favorecer cualquier tipo de comercio tradicional, establece una pequeña y temporal competencia con la juguetería establecida y se convierte en un estruendo de altavoces que difunden y mezclan los últimos estrepitos de jóvenes cantantes.

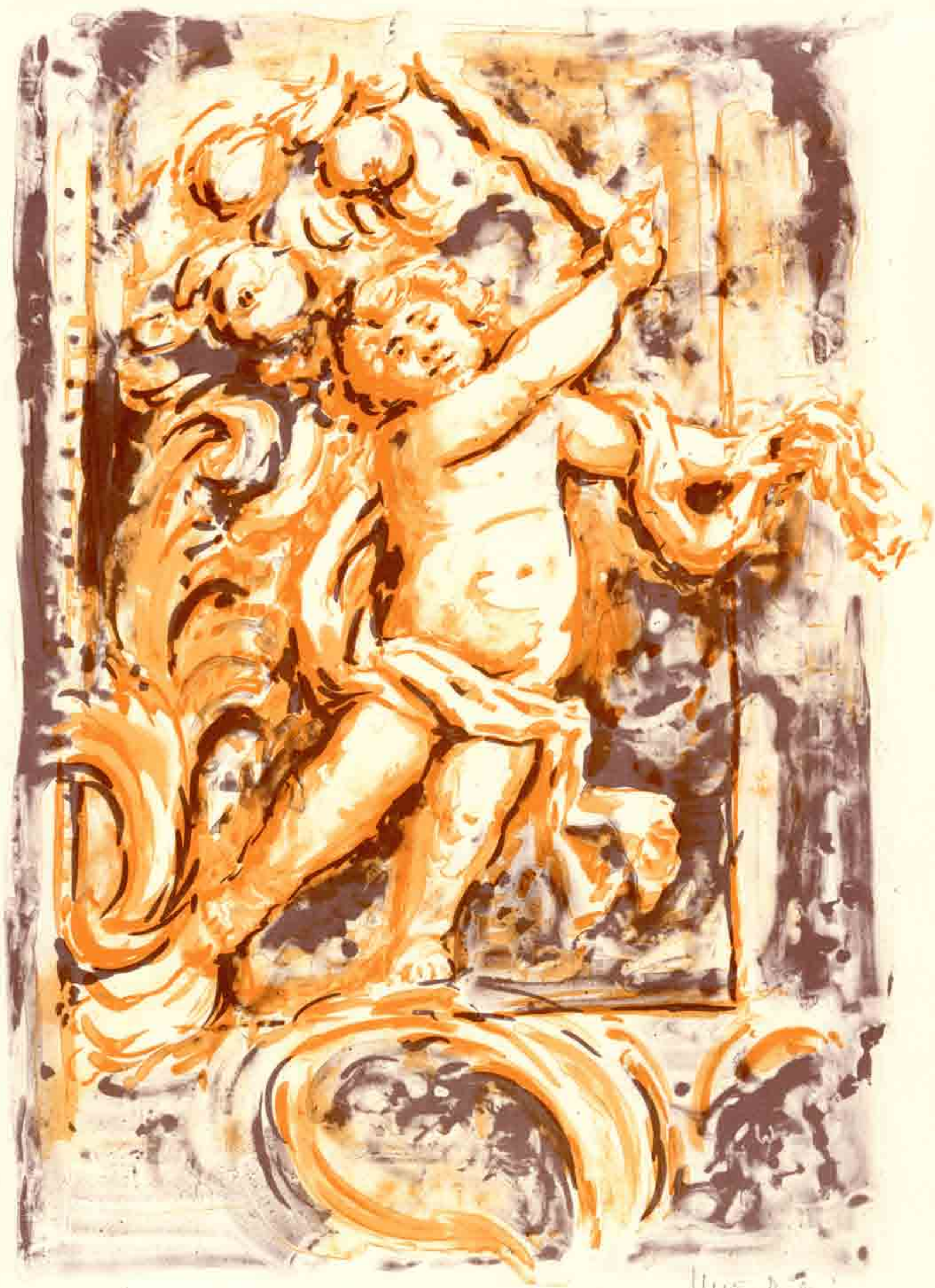
Santa Maria de las Huertas - imagen por tercera o cuarta vez renovada - permanece allí, donde las tropas, en su Real,



y no hay museo que se le plante en la casa porque así lo advirtió y aeveró Murte y porque así es. Pese al pegajoso turron cercano.



ÁNGELES Y ARCÁNGELES



xxiv/xxiv

U. G. Barberi



Los ángeles son importantes para cualquier ciudad. En esta, por todas partes se puede encontrar la figura del ángel. O del arcángel y del querube. Tronos y dominaciones, se ven menos. Preferentemente encontraremos el ángel batallador en una especie de guerra civil entre malos y buenos: ángeles caídos a los pies de los ángeles que no cayeron.

Los ángeles tienen, quizá, la misión de defender la ciudad. Sin quizá; es seguro. Por eso están hábilmente repartidos en ella.

~ Resulta extraño, muy raro, que no haya noticia de batallas ganadas a los malos con ayuda de algún ángel. Está repetido que la batalla de los Bópor-
chones fue ganada con auxilio - no directo - de San Patricio, un irlandés, en cuya festividad se dio. San Clemente ayudó - más indirectamente - a la conquista de la ciudad, a su rescate del poder agareno. Santiago da ejemplo a los demás santos colaborando el mismo en Clavijo; no ayudando desde el cielo con bendiciones prodigas sino tomando la espada y cubriendo a un celestial y raudo caballo blanco.

~ En el centro de la Ciudad, un arcángel armado tiende su imprudente y revuelto demonio - ángel de mal signo - bajo sus pies gráciles y bailarines. En la antigua fachada de San Pedro, un ángel de rizadas melenas se eleva con instrumentos músico entre las manos. En la portada de San Patricio, allí en lo más alto, un tremendo ángel, deslocado por los terremotos, hace sonar su trompa intrépida como en un solo operístico. Dentro de lo templo, los ángeles llevan o traen frutos y flores, descuelgan lámparas y andan en las cúpulas sin miedo al vértigo.

~ En la portada de los Guevara, los ángeles se nos aparecen al servicio de la familia, portando escudos o blandiendo armas flamígeras contra sierpes y dragos. Querubines sostienen los cornisamentos, entre foliajes enrevesado. La gran portada barroquísima es un enorme altar mayor de los soberbios hidalgos.

~ Una ciudad sin ángeles vendría a ser ciudad desangelada. Ya el pueblo señala a las gentes de mala sombra llamándoles ^{que} desangeladas, sin ángel o con mal ángel.

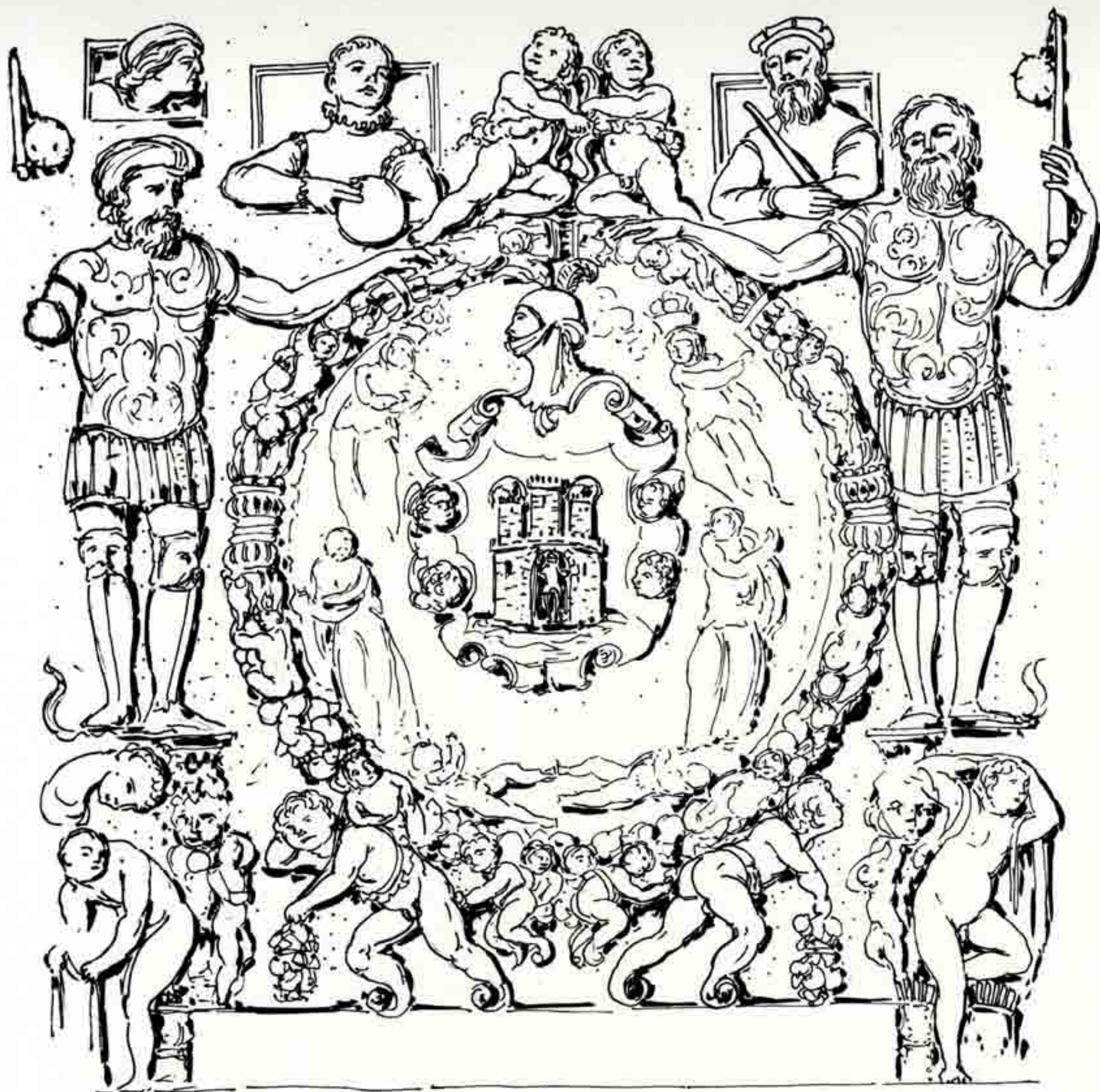
~ En la ciudad los ángeles permanecen - menos los de madera - porque en ella no hay desalmados que den en perseguirlos hasta encerrarlos en los muros de la casa de dot. Aunque sean ángeles redondeados y de buen ver.

Retratos de hombres que hablan contra la ciudad:

"Pedro Fernández, hijo de Nicolás Hernández Labrador vecino de Alhama es homicida que mató un hombre de Librilla a traición estando durmiendo le dió una lanzada que lo pasó..."

Año 1542 Pleitos de términos.





TANTO BVELA

A esta altura llego el
Agua del Pantano el
dia 30 de Abril de 1802



Wm. Barber



Ciudad con tantos escudos en sus muros, no la hay. Y bien que ya gran parte de esos escudos fue apeada y otra gran parte destruida. Los había de todos los tamaños y de todos los estilos. Sobre las puertas, a los lados de los balcones principales, bajo los miradores, como sapos acurrucados, esplendentes con lambréquines reforcidísimos y amplios como ramajes de árboles. Para muestra de los complicados valdrá el de los García de Alcaraz que tiene, de bulbo, incluso a los que encargaron la obra saliendo por unas ventanitas. Están los que parecen abuelo y nieto y acaso sean padre e hijo; el joven se ha quitado repetidamente la gorra y el anciano alza una espada sobre su brazo derecho. Por otra ventanita una dama asoma y contempla la escena. Hay en el tal escudo

figuras incontables, puestas por el artista sin motivación especial, caprichosamente, en torno a la principal cartela orlada por guirnalda de frutas y sostenida por dos apuestos guerreros de reforcidos bigotes.

Hay en la Ciudad escudos de obispo, desde los de Sedán, góticos y sencillos, hasta el de Rubén de Celis sobre la lápida de consagración de la Colegiata. Hay escudos sobre los sepulcros de las capillas o en los parentos y claves de ellas para recordar la familia propietaria o fundadora de vínculos y capellanías. Escudos en las portadas de los templos, entre los hierros de verjas y cancelas. ¿Hubo alguna familia que no pudiera pagar al escultor un escudo de sus apellidos? ¿Alguna gente que careciera de cuarteles honrosos que añadir cada día a su escudo de armas? Se puede dudar.

Como la ciudad, al repoblarse de cristianos lo hizo con familias venidas de toda la tierra española, los apellidos ni los escudos correspondientes no tienen raíz profunda en esta tierra. La Ciudad está hecha con nombres de todas las regiones, catalanes, vascos, valencianos, castellanos, gallegos, extremeños... Los más variados y raros apellidos están aquí. Las más distantes y alejadas tierras, han dado familias para crear el pueblo habitante de la Ciudad. La competencia y rivalidad entre esas familias, el afán de superación de calidades y orígenes, han producido esa superpoblación de nuevas nobiliarias.

En las antiguas guerras, los hombres de una mansada habían de ir mirando a una bandera - de bandos - enarbolada que los agrupaba. Tenía la insignia, la enseña, determinados colores dispuestos por el señor.

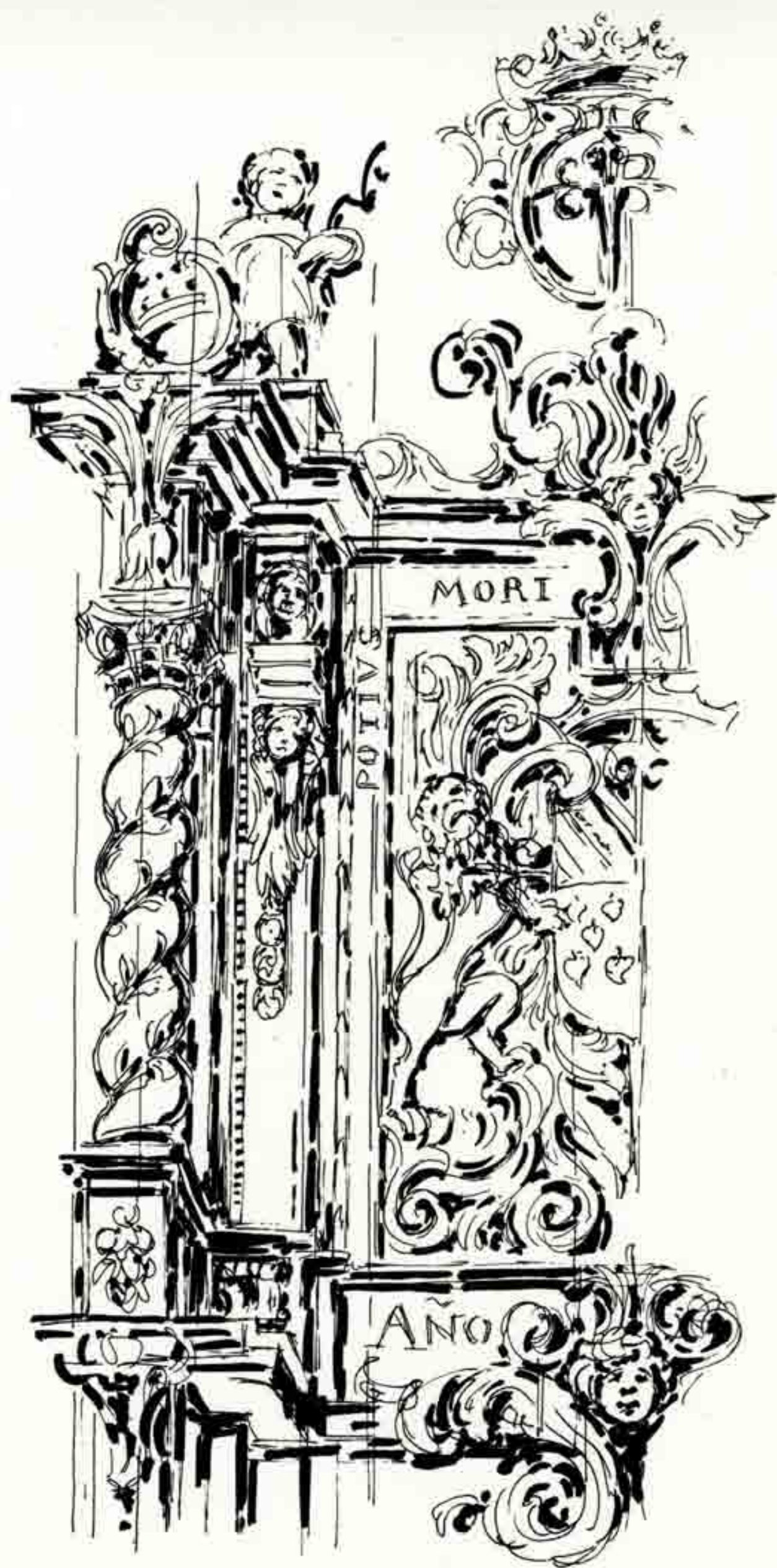
A esos colores se podía sobreponer una alegoría del mito, apodo o apellido del jefe. Podía ser una caldera si era Calderín, o un león si era Leonés. Fue complicándose todo esto hasta llegar a los jeroglíficos, perdiendo la primitiva sencillez. Ya nos dice Píres de Hita del lema del Marqués, de su buen Marqués, era un tanto ininteligible: "...eran unas esmeraldas en las azules con unas oes también blancas, de plata. Las dos letras muy conformes, y en medio de las dos partes llevaba unas penachos blancos, que todo quería decir memoria de mis penas. Por cierto, una galana cifra y oscura.

"Jamás pendón alguno fue ganado de aquel pueblo de Marte que nombraste; en el mundo jamás fue conquistado, que nunca valor hubo que a él le baste. Si seis hombres de aquellos se han juntado, victoria han de sacar de su contraste. Vencidos nunca fueron en la guerra, pendón nunca perdió esta brava tierra."

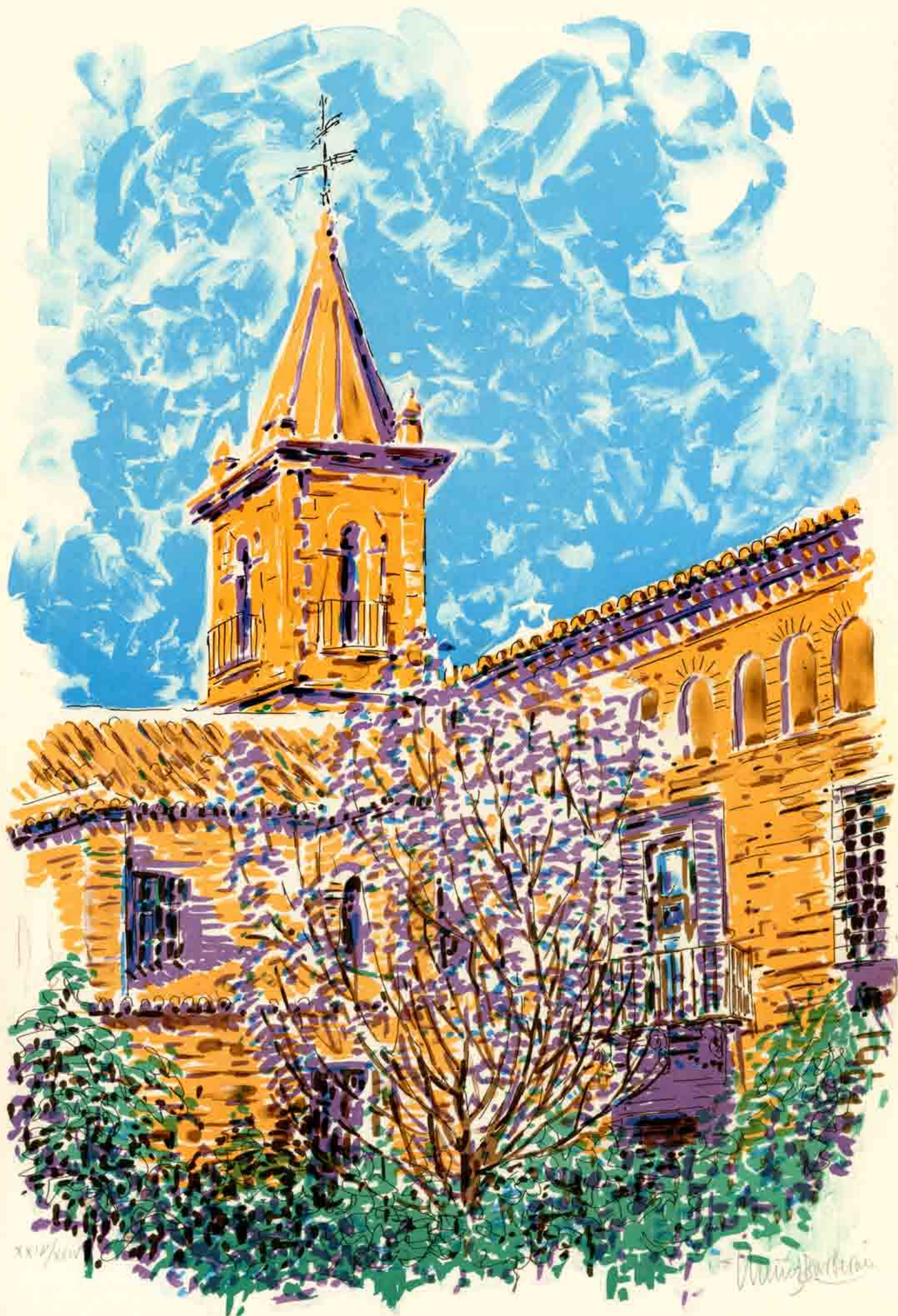
Octava 24 Canto XII Poema de la Ciudad

En la Ciudad, burla de hidalgo y sus pretensiones, un hombre ensombrado, grotesco, desde lo alto de una cornisa, saca su lengua descoradamente. Como un conicuro de superación de hiecuras y vanidades.



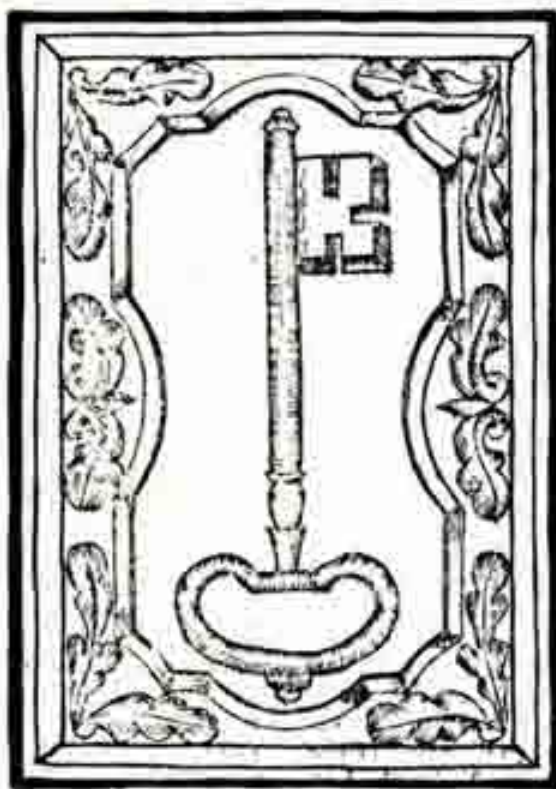


LA GRANDEZA ENGAÑOSA



BLASON QUARTO.

REGNI



CLAVIS

TUTISSIMA

No tuvo la Ciudad, jamás, preponderantes señores. Ni dependió de un figurón de los que plantan cara a la Corte de su Majestad desde los límites de sus antiguos feudos. La Ciudad tuvo siempre sus pretenciosos hidalgos que más a mano tenían, acaso, un caballo que un doblón; más un mondadientes de oro que un buen capón. Pero grandes señores, que pudieran tener derechos sobre estos hidalgos soberbios, no. Cerca, si, el Marqués, el de Pérez de Hita, el buen Marqués, el gran Marqués, el blasonado de ortigas y lobos. Cerca pero distante en la influencia, siempre pretendida y nunca alcanzada del todo. El Concejo de la Ciudad, aquí; Vuesa Señoría y su castillo, allí, a unas leguas y con linderos claros. Y si V. E. tiene y mantiene gentes cerca de nosotros, y de nuestro concejo, ya sabemos señalarlas y tenerlas a raya, señor Marqués de los Vélez.

Cada hidalgo, en la Ciudad, tiene su mitología familiar y propia, su árbol ilustre; pergamino apretado en carteras de cuero que le defiendan de la pechería y de la subordinación a pagamentos innobles. Incluso, una pobreza, manifestada en realidades y falsidades, le defenderá de concurrencia a los alardes de lanza y caballo para la defensa del Rey, si al hidalgo le conviene.

Cada hidalgo, en la Ciudad, puede hacer labrar su escudo y grabar entre cintas y lambrequines ondulados por vientos góticos, remacifistas o barrocos, sus divisas y lemas orgullosos; puede hacer ordenar sus portadas con pretensiones solariegas y agotar sus recursos económicos en ostentaciones vanidosas. La Ciudad se llena de grandes aparatos potres, cada cual lo que alcanzó, y la guerra entre los caballeros es de ornamentaciones exaltadoras que le sitúan muy por encima de otras vecinas quimeras genealógicas. O, en la pobreza soberbia, el recuerdo de los godo y la lectura amonestadora de los viejos lemas apabullantes. TANTO VUELA...

En el siglo XVIII, ya a los finales, la exaltación familiar llega a su punto más alto y los caballeros Guerrara alcan su palacio a cuya puerta el gran retablo de piedra, poblado de escudos, de símbolos, de columnas salomónicas, de ángeles que protegen, reúne en sí toda la idea de grandezza a que puede aspirar una gente sin títulos nobiliarios - que en la Ciudad no los hay - pero llena de entronques y líneas de ascendencias de clarísima limpieza.

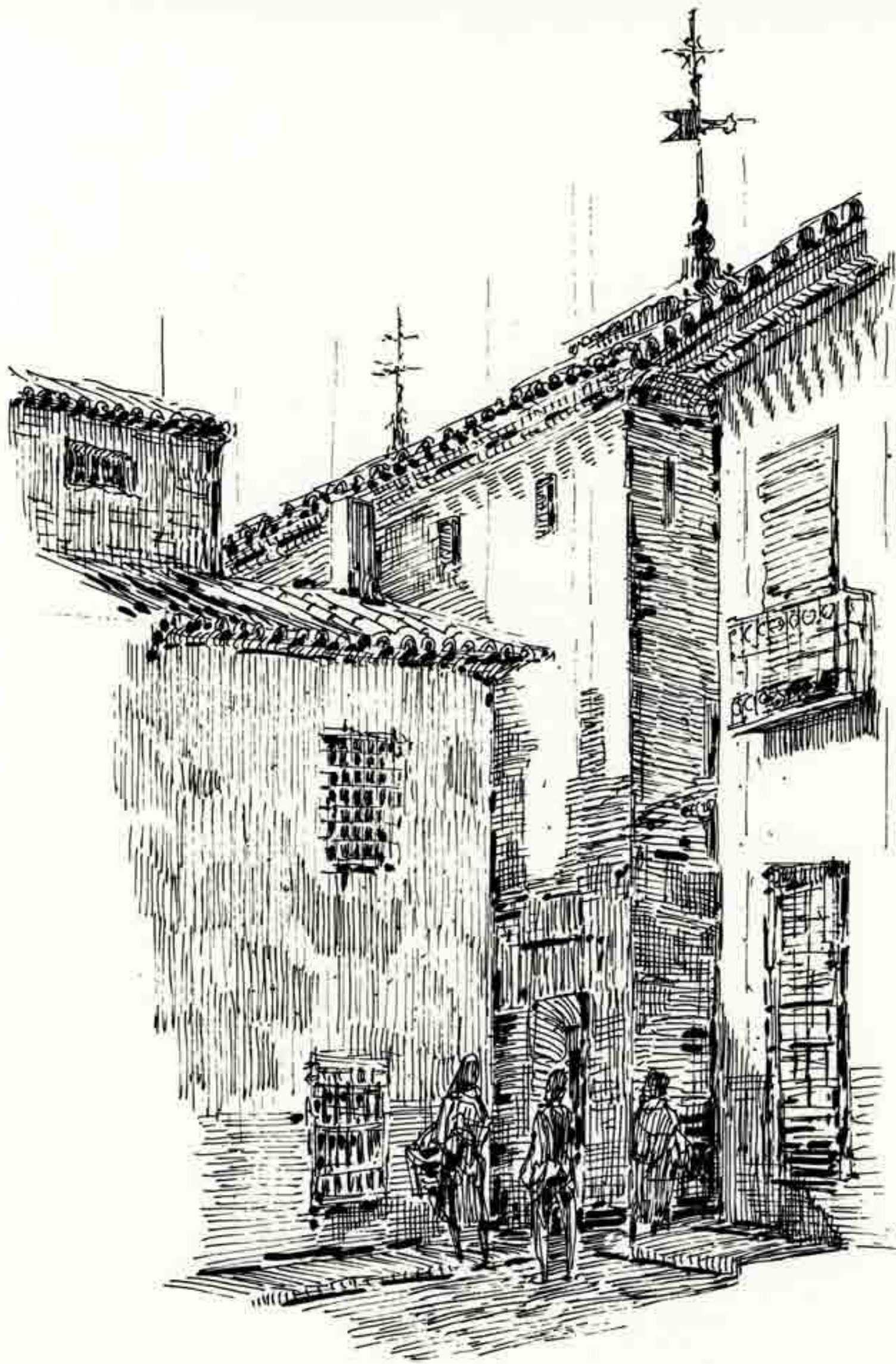
Las gentes creen que los amplios zaguames estuvieron un día empedrados con monedas de real. El lejano recuerdo de las espuelas de plata, los herreros áureos, los tabalíes de cordovanes preciosos, de los ricos terciopelo, de los emplumados sombreros, ha crecido en las imaginaciones encalabradas haciendo nacer en ellas una idea superior, excesiva, de grandezas inexistentes. El gran retrato del fundador de la casa, finta en mano, pora junto al brioso caballo blanco, nos mira, altivo, desde el gran hueco de escudera.

En el bello patio central, de medidos arcos, los soberbios brucos de crines embellecidas por lazo y rizo, piafan y aguardan el galopar cotidiano en la Corredera de los Caballeros.

"Valerosa Ciudad, de brava gente!
Tú eres la sepultura de paganos,
eres la señalada en ser valiente
entre moros y turcos y cristianos!
¡Oh estandarte el más bravo y refulgente;
no alcanzan otro tal los castellanos!
¡Si no fuera por ti, Ciudad preciada,
los Reinos de Castilla fueran nada!

Octava 16 del Canto XIII
Poema de la Ciudad





LABERINTO ENTRAÑABLE





Si miramos el plano de una ciudad, encontramos que esta se divide en zonas urbanas distintas y claramente diferenciadas. Vemos el recinto antiguo y, dentro de él, el más remoto con sus estrechos laberintos. Después, la apertura de la urbe hacia otras ordenaciones de rasgos más civilizados. Calles anchas, algunos plazas de cierta consideración, paseos... La parte de la ciudad que más se diferencia y distingue de las otras, es la moderna, la de hoy, la que nos hacen los alcaldes y urbanistas actuales. Entonces encontramos líneas rectas, complejas, polo de expansión y otras cosas que cualquiera podrá enumerar prodigamente si pone algo de atención e interés.

Decimos que nos podemos vivir en las nuevas calles, pero pasamos nuestra vida en ellas viendo cómo un anciano, y luego su viuda, y después sus hijos, ponen alpiste a un canario, toman su tortillita francesa y hacen diarios y revistas. Cómo un toldo enrollable se entopea y es sustituido por otro del mismo color, según acuerdos de la comunidad.

En las ciudades antiguas, ciertos, veíamos cómo el anciano se sentaba a su puerta frente a la ventana, leaba tabaco, lo fumaba, y, después, su viuda se sentaba a quejarse, o a rezar, y a encender su brasero, y si la cortina estaba vieja le ponía un remiendo. Y le ponían lechuga al gilguero o al canario. Era otra cosa. Sí, porque, además, pasaba la procesión del Resucitado y acaso la de Santa Lucía y en el Corpus, unas calles más abajo, oíamos repicar las campanas y conar músicas alegres y conocidas. Dando uno paso, veíamos la vieja torre y, desde cierto lugar, toda la ciudad. Con frío nos metíamos en la pobre habitación donde ardía un fuego.

Volvamos al plano de la Ciudad, la nuestra, y recordemos qué calles habitaban los poetas y cuáles recorrían, qué lugares visitaban. Esas calles, esos lugares, esas casas, son los verdaderamente atrayentes. No busquemos otro que nos aturdirán y desorientarán.

En la Ciudad, últimamente, hubo unos cuantos poetas. Aquellos poetas se llamaron: don Paco Cayuela; que pintaba pero sentía como poeta y era algo loco, dicen; Eliodoro Puche, que se dejaba tomar decirmente de la poesía tinta; Para Vico, que, como Huelgas, andaba por el viejo Instituto dando clases; aquel poeta, ya lejano, que se llamó Carlos Mellado; Miguel Jimeno que se fue y casi no volvió; algunos otros más... (A los vivos los dejaremos hacer su obra.) Bien, pues si recordamos sus calles y sus paseos, veremos que eran estos y estos: Alamedas, camino de las Huertas, calle de Santiago, porches y plazas viejas, humildes glorietas y las rancias y pobres tabernas, entre ellas acaso preferidas las de Nicolasa y el Cándido.

Andaban la noche, paseaban y miraban la ciudad con los ojos ahumados por unos licúes de vino. Escribían sus versos, alguna vez creyendo que escapaban de la ciudad pero sin que escaparan del Bdo. Cayuela pintaba el pintoresquismo de las cabras del abridor, el sol de una mañana y la inmensa lluvia de una amanecida. Era poesía, desde luego y desde siempre. Eliodoro no decía que ardía una luz incierta dentro de una sala con balcón abierto y convertía esa luz de quinqué, o eléctrica pero amarillenta y débil, en poesía. Hacían poesía junto a unos vasos de vino y el golpe de la jarra sobre la ennegrecida madera convocaba a la musa urgente y urgente.

Hacían, entre sus versos, las conversaciones apicadas y el vino, la verdadera ciudad. Quizá ésta no existía sino que ellos con su mirada la iban creando día a día, noche a noche. En una madrugada fría, la ciudad se completaba y se alzaba magnífica para desaparecer con las luces decoradas, sin piedad, de las nueve y las diez de la mañana, horas inútiles para los poetas.

"La Ciudad, que, fuera de los grandes barrios que hoy tiene, tenía la misma situación que hasta hoy conserva, era, quince años de los fuertes murallas, una interior y exterior otra. La interior principiaba en la punta de dicha sierra, en el mismo río, a la parte de Levante, al pie de la fortaleza de la Belica, que predominaba por aquella parte a la Ciudad..."

Morete, pag. 177





FUENTES Y PASEOS





La Ciudad ha hecho su guerra contra el invasor francés; una guerra que ha predicado cierta valiente mujer del pueblo - abuela o bisabuela del historiador Espin - subiendo al púlpito de los mercedarios de Santa Olalla; desde allí ha gritado a los hombres, les ha compelido a tomar las armas y a morir si es preciso y el caso llega.

Ha comenzado el siglo XIX muy mal para la Ciudad. El pantano enorme que proyectó y dirigió el arquitecto Lora y que administró el Consejero Robles, ese pantano que era la esperanza del agua para las tierras secas, ha reventado por su peso de piedras mal puestas y a llevados furiosamente hombres y animales, plantas y enseres, arrasado edificios, puertas ornamentales de la Ciudad, paseos, huertas, dejando en todos los lugares dañados, señales de gris terribles donde poner el ladrillo con letras de arulejo: "Hasta aquí llegaron las aguas del pantano el día de Abril de 1802." En adelante, habrá una nueva maldición popular: "Así revienten como reventó el pantano."

Pero el siglo nuevo, el ilustrado y esplendente siglo XIX, no trajo a la Ciudad sólo desgracias sino que la llenó de modernidad, reformas y perfeccionamientos: lavadero público, de estilo moro, que, cierto, en su proyecto fueron mayor grandera; multitud de edificios que sustitúan, en muchos casos con ventaja, a viejos caserones de siglos anteriores. La Desamortización puso en poder de particulares considerables bienes retenidos por religiosos, favoreciendo medianas fortunas y resolviendo en dispersión bienes culturales que escaparon al cuidado de los gobernantes. Buenos y malos. Se abren liceos y ateneos y se fundan periódicos, cada particular uno. Estos periódicos, breves y literarios, nacen casi muertos, desaparecen y surgen otros. Conservadores, anticlericales, liberalísimos, cavernícolas...

El siglo bendito crea, en ambiente de superficiales enemistades, una disensión procesional que da las flores blancas y azules. La Ciudad queda separada - como San Cristóbal, pujante barrio, y la Ciudad, viejo reducho, - en otras dos facciones más radicales y claras que serían los Blancos y los Azules. Influencias de la Región Valenciana, clarísimas, y de la Andalucía, más diluidas. Bordados de raíz popular que evolucionan a definiciones artísticas ambiciosas, y caballos sueltos o de tiro que llenan la ciudad, las principales y estrechas calles, en su gallardo caracol y bruta nobleza.

Siglo de nuevos historiadores - Cánovas, Gálvez, Escobar, Espin, - que sonríen ante las afirmaciones de Morote, siempre reverenciándolo, y que se enfrentan al problema de los falsos crónicos intentando crear nuevas crónicas con rigor científico trazadas. Aunque siempre la verdad de los demás sea la verdad que les hacemos y la de los tiempos pasados sea, irremediablemente, la de los nuestros.

El pasado queda ante nosotros como una realidad que no podemos ni podremos conocer, en modo alguno, totalmente. De ahí el misterio de las viejas piedras que nos invitan a ejercitar la imaginación sin permitirnos nunca estar seguros en una opinión o certeza.

Del siglo XIX quedan unas cosas importantes en el cuerpo de la Ciudad: el conjunto de algunas calles entrañables con las imponderables plazuelas, tan trabadas al alma popular, y, para determinados festos, el ajetreo blanquiazul de los desfiles pasionarios. Un gran puente sobre el Guadalquivir. ¡Ah! Y la buena escuela de algunos artistas, de nuestros historiadores y de los mejores poetas que fuimos. Que no es poco.



"D. Joaquín Ruiz Ximénez, natural y vecino desta Ciudad, ha padecido por tiempo de tres años continuos un desconcierto tan notable de vientre, que se vió en los últimos términos de su vida. Fatigados los médicos en su curación, ya no sabían qué hacer; pero el alivio que en ésto no encontró el enfermo, lo halló en este huertanístico Mariano."

P. Morote. pag. 452



pílogo





XXIV/1904

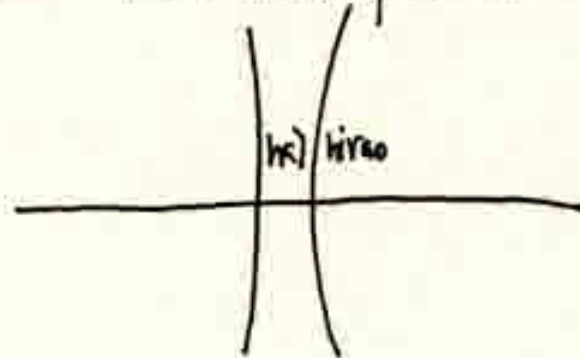
Alonso Barba



Quizás nada menos necesario a este libro que un epílogo. Breve será pues todo está dicho. El alma y el cuerpo de la Ciudad ya han quedado reflejados en páginas e imágenes hermosamente expresadas, con un aleteo de melancolía y apasionamiento, de nostalgia y amor en cada uno de sus signos y grafías. Hay mucho más de entraña en este libro que de biografía o historia. Este puntual retrato de la Ciudad no solo es "un amuleto contra el olvido" sino también una posibilidad de ensayo contra la destrucción. Un pasado ya remoto, arrasado, deshecho, del que apenas restan algunas reliquias esparidas. Un presente incierto, caótico - sigue la destrucción - con la leve esperanza que auncan algunos en la búsqueda de "señas de identidad". ¿Y el futuro de la Ciudad? ¿Y la Ciudad del futuro? Vuélvete la vista atrás y pensando en nuestro Morote me tropiezo con un cartónico suyo que en la no domesiada lejana Italia grababa sus "Vedute di Roma": Giambattista Piranesi. Sí. Una ciudad - esta Ciudad - puede también eternizarse en un libro como este.

Y este como ensayo de crónica de una Ciudad querida - "se ama a una Ciudad como se ama a una criatura" ha dicho un escritor amigo - este pequeño periplo murallas para adentro de un lugar honda, sentidamente amado, es un retrato, repito, perdurable. Si esta Ciudad se destruyera totalmente - que camino va de ello - aquí encontraríamos nuestras raíces. Pero esta Ciudad no debe morir. Hay ciudades que, como los seres mas nuestros, no deberían morir nunca. Yo sueño - sueño más de lo que digo - que esta Ciudad, varada y soñolienta igual que una vieja barca inservible, aun es capaz de dar flores y frutos, de hacer su grato suelo mas habitable, de enhebrar su futuro y su pasado sin la obsesiva destrucción suicida. Yo sueño - sueño mucho más de lo que hablo - en que algun día podremos repetir todos lo que aquel escritor inglés - F. H. Derrell, 1883 -; a su paso por la Ciudad Fronteriza, exclamó con palabras de Jacob en el Génesis: "En verdad Jacob está en este lugar y yo no lo sabia".

La contemplación de este libro servirá - también entonces - para ello.



LAVS DEO

De esta Edición de

LA CIUDAD FRONTERIZA

con 17 ilustraciones del pintor

MANUEL MUÑOZ BARBERÁN

reproducidas en Litografía
y firmadas por el autor
se han editado 225 ejemplares

190 ejemplares
destinados a la venta
numerados del 1 al 190

24 ejemplares
para colaboradores
numerados del I al XXIV

y

11 ejemplares
destinados a trámites legales
reseñados de la A a la K

Ejemplar N.º ~~XX~~ IV

Esta Edición ha sido impresa en los Talleres de
CIRILO - industrias gráficas - Virgen de Africa, 1 y 3 - Alicante

ISBN - 84 - 85294-07-0

Depósito Legal A - 539-1979

REMBRANDT EDICIONES, S. A.